

8
des



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO**

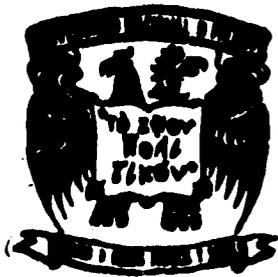
FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

**AMERICA LATINA
¿CONCIENCIA O IMAGINACION?**

**ESTUDIO SOBRE EL AVANCE DE LA
CONCIENCIA LATINOAMERICANA A TRAVES
DE LA HISTORIA DE LA CULTURA**

T E S I S

**QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
LICENCIADO EN SOCIOLOGIA
P R E S E N T A :
JOSE VICTOR BACA ESPINOZA**



MEXICO, D. F.

1995

FALLA DE ORIGEN

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AMÉRICA LATINA
¿CONCIENCIA O IMAGINACIÓN?

**ESTUDIO SOBRE EL AVANCE DE LA CONCIENCIA
LATINOAMERICANA A TRAVÉS
DE LA HISTORIA DE LA
CULTURA**

JOSÉ VICTOR BACA ESPINOZA

**FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
LICENCIATURA EN SOCIOLOGÍA**

ASESOR: LIC. VALERIANO RAMÍREZ MEDINA

AGRADECIMIENTOS

**A esa institución tan cara al autor:
la Universidad Nacional Autónoma de México**

**A mis paternos y filiales mecenas
en mis momentos de crisis**

**A mis pequeños maestros
e impulsores: mis hijos**

**A quienes por sus pláticas y consejos
enriquecieron mi formación: mis maestros**

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

INTRODUCCIÓN

EL BENJAMÍN HA LLEGADO	2
(Impacto cultural del descubrimiento)	
¿EL NOMBRE ES LO DE MENOS?	10
(Evolución onomasiológica y semántica de América)	

COLONIA. SIGLOS XVI-XVII

LLEGAMOS TARDE A LA HISTORIA...	16
(Colonización y conquista espiritual y armada)	
CORONISTAS	24
(Las crónicas de los siglos XVI y XVII)	
HUMANISMO EN LA COLONIA	30
(Los intelectuales y humanistas de la Colonia)	

INDEPENDENCIA. SIGLO XIX

LA INTELIGENCIA AMERICANA	36
(El ensayo como expresión y la filosofía en América)	
ÁBOLES Y CAÍNES	45
(El contexto de inestabilidad política en la lucha de pensadores contra dictadores: los caudillos)	
LUZ EN LA CAVERNA	56
(Los intelectuales y la realidad americana)	

NUESTROS DÍAS. SIGLO XX

LAS IDEAS Y LA CIENCIA

64

(La trayectoria de las ideas hispanoamericanas desde el pensamiento social hasta la sociología científica)

LOS VISIONARIOS

78

(Las utopías y los emancipadores culturales de América Latina)

LA BATALLA DE LOS LÁPICES

84

Literatura y sociedad. La poesía y novela social de los siglos XIX y XX)

A MANERA DE CONCLUSIÓN

ENTRE ESCALA Y CANADIS

95

(La situación actual del pensamiento latinoamericano ante la coyuntura sociopolítica y económica)

(Propuestas)

BIBLIOGRAFÍA

100

PRESENTACIÓN

Y el selvoso Nuevo Mundo se llena con el
ruido de las armas y los ayes de los moribundos
en sus inmensas soledades.

Juan Montalvo.

Después del Quinto Centenario del descubrimiento de América en 1992, como suele ocurrir siempre que el festejo termina, la fiebre baja. Las disquisiciones no son ya tan abundantes ni profundas, pero para quien le preocupa el tema de lo que Martí llamó "nuestra América" alcanza mayor profundidad y seriedad la investigación sobre el asunto. Las reinterpretaciones son válidas, las posiciones necesarias, mismas que por fortuna siempre buscan algo más que la coincidencia: anhelan la comprensión del continente, nuestro continente.

El preocuparse por la historia cultural de cualquier pueblo, de cualquier raza, conlleva casi siempre una extensa documentación al respecto, por eso se busca el apoyo teórico de los pensadores para tener así un hilo conductor sobre la línea de trabajo.

Este tema se ahonda como punto preciso sobre todo durante los últimos dos siglos, pues en tal periodo han dejado huellas muy claras las posturas existentes acerca del qué somos, del cómo debemos aprehender nuestra americanidad o tal vez la valoración del significado real del ser latinoamericano.

Se dice que tras la tempestad viene la calma, de allí que al estar más tranquilos los ánimos --e incluso algunas de las más exacerbadas

posiciones, ya sean ideológicas o políticas-- podemos iniciar la investigación respecto a la naturaleza del ser que nos preocupa.

El presente trabajo perfila sus intenciones en ese sentido. El eco de Bolívar invade nuestra curiosidad. "¿Qué somos? ¿Indios? ¿Españoles? ¿Europeos? ¿Americanos?"¹ Y aunque al respecto se vertieron ya bastantes opiniones, este problema aún causa cierto escozor al leer algunas de ellas.

A partir de las anteriores y generalizadas preocupaciones, esta tesis pretende lograr la integración sistemática de las diversas voces que a partir del siglo XVI han proclamado consciente o inconscientemente una interpretación acerca de nuestro ser americano, latinoamericano o incluso su negación como causa del propio proceso cultural y psicológico en el que como parte de este continente nos hallamos inmersos.

La llegada de los europeos produjo una nueva sociedad y concepción de estas tierras, donde casi enseguida se generó una clase de hombres que sin ser plenamente americanos tomaron conciencia de la problemática de su ser. El desarrollo y acrecentamiento de la Colonia dio lugar a que criollos y mestizos proclamaran la independencia de sus respectivas naciones. Esos hombres, pese a haberse educado bajo la égida cultural europea, reconocieron la necesidad de conformar una nueva mentalidad acerca de sus pueblos.

Desde finales del siglo XVIII el continente se vio envuelto en ideas ilustradas y progresistas que no tardaron en dar sus frutos; creó a

¹ Leopoldo Zea (compilador). *Fuentes para la cultura latinoamericana*, v. I, p. 7

perfectos americanos con ideales libertarios, para desgracia de los colonizadores. En el siglo XIX los aires independentistas se concretaron por fin a lo largo y ancho de todo el territorio: el hombre latinoamericano había nacido.

La esperanza de construir naciones ajenas a las corrupciones y pesimismo europeos era la bandera ondeante en las nuevas tierras. Las utopías y sueños panamericanos surgieron y ya se ponía en duda la validez de los modelos de ultramar; incluso los pensadores occidentales pusieron sus miradas aquí, en espera de concretar sus tesis y planteamientos, de las cuales desde el siglo XVII en las tierras anglosajonas el filósofo Tomás Moro ya era un pionero.

La igualdad se planteó en todas las esferas, pero sobre todo en las ciencias humanas y las artes. El siglo XX elevó a América Latina a la altura de cualquier país occidental, y ni los muchos tropiezos políticos, económicos o culturales impidieron mirar de frente o con complejos a nuestros antiguos colonizadores.

Para comprender el proceso cultural ocurrido en América Latina es importante señalar las condiciones sociales en que se vio inmerso, pues como señala Jean Franco en su trabajo sobre *La cultura moderna en América Latina*, su realidad "era muy áspera para poder ser aprehendida por escritores acostumbrados a los sutiles refinamientos de París y Londres. Ellos mismos eran conscientes de su incapacidad"², misma que se reflejó tanto en la filosofía como en el acercamiento a cualesquiera de las formas científicas de la teorización. La influencia de

² Jean Franco. *La cultura moderna en América Latina*, p. 10

la cultura europea determina la dirección de la construcción del futuro pensamiento americano, sin reparar a conciencia por la estructura social feudal y oligárquica en la que ningún sistema importado, podría tener una real adaptación. Otro elemento determinante era la inmensa separación entre las masas analfabetas en casi su totalidad y la minoría educada y pensante, aspecto que determinó en gran medida que no se lograra un desarrollo armónico en las esferas económicas, políticas y sociales.

En toda investigación sobre nuestro continente existe un cúmulo muy amplio de información y bibliografía que por momentos parecen ahogar a quien se introduce en ella, por ello se dejarán de lado todos aquellos aspectos que no influyan en el desarrollo del tema. Asimismo, se piensa básicamente en trabajos creados por escritores latinoamericanos, sin mayor criterio que su participación vía el ensayo.

El ensayo en cualquiera de sus manifestaciones, ya sea crítica, artículo periodístico, estudio monográfico, crónica, memoria, teórico, etcétera, será la materia prima de la investigación, con la particularidad de que estos trabajos sólo se tomarán en función de sus rasgos generalizados sobre todo el continente y no los que plantean aspectos específicos de alguna nación, sólo por excepción y en el caso de que pueda plantearse por analogía sobre algún asunto particular y que a nuestro juicio sea posible se utilizará este tipo de materiales.

La búsqueda de los elementos que configuran la conciencia latinoamericana a través de pensadores, escritores, intelectuales e

Incluso poetas y artistas se basará primordialmente en su obra ensayística y excepcionalmente se atenderá cuento, novela o poesía.

Dentro de la esfera de las ciencias sociales, las fronteras establecidas en su ámbito de afectación para nosotros no tiene otra función que el de vasos comunicantes, de ahí que la historia, la sociología, la lingüística, la filosofía, la política, el derecho, tienen, como señalaba don Alfonso Reyes, que ser disciplinas que con base en la inteligencia "aspira a organizar las acciones humanas en un sentido constructivo"³; por lo que tomaremos a todas ellas con una pretensión conjunta de la historia de la cultura o de las ideas sin otro fin que observar el problema desde sus orígenes sin descartar ninguna posibilidad de interés para nuestro cometido.

Así se revisará desde el descubrimiento hasta nuestros días, pasando por la Conquista, Colonización e Independencia; desde Bartolomé de las Casas hasta Carlos Fuentes o Miró Quesada; desde la crónica hasta la novela del siglo XX; desde la noción de las Indias o Catay hasta el concepto de Indoomérica; desde Cortés hasta Pinochet; desde el río Bravo hasta la Patagonia. De, desde, hacia y para América Latina. Un poco el planteamiento en el sentido de lo que señala Jiménez Rueda para la búsqueda de nuestra expresión en donde "cada hombre de leyes, cada poeta, cada artista, cada espíritu que piensa y habla por la cultura ha venido creando este nuevo mundo"⁴.

³ Alfonso Reyes. *La última Tule*, en *Obras Completas*, v. IX, p. 67

⁴ Julio Jiménez Rueda. "México en busca de su expresión", en *El ensayo mexicano moderno*, p. 430

Resumiendo pues, nuestra pretensión es ver el ensayo como crítica y reflexión de nuestra naturaleza y esencia inserto en la tradición de la historia de la cultura, la historia de las ideas para la constitución de nuestro pensamiento latinoamericano como método para aproximarse al hombre.

INTRODUCCIÓN

EL BENJAMÍN HA LLEGADO

¡Cristóforo Colombo, pobre almirante,
ruega a Dios por el mundo que descubriste!

Rubén Darío.

El origen del Nuevo Mundo se encuentra sin duda en el siglo XVI -- llegamos tarde a la historia, dice Alfonso Reyes--, sin que esto lleve a pensar que antes no existía este continente, porque como señala Edmundo O'Gorman, ya existía, sólo que su proceso de invención aún no concurría en las mentalidades europeas. Francisco Xavier Clavijero, ahondando más al respecto, indica "que vivían en sociedad [aunque] ignoraban el arte de transmitir los hechos a la posteridad por medio de signos duraderos, a pesar de haber hallado el arte de comunicarse de lejos, describirse anudando cordones [pero sin] usar como amos su territorio [...] no tenían ningún imperio sobre él", pues las civilizaciones tan espléndidas como la azteca, la maya o la inca, sin ser bárbaras como las juzgaban erróneamente, no se preocuparon por ampliar su proceso civilizatorio más allá de una regionalización.

De aquí puede pensarse que antes del siglo XVI no existía entre los habitantes de la cuarta parte constitutiva del mundo, la parte Benjamín a última en aparecer la conciencia de su razón continental e incluso puede plantearse la ausencia de una concepción ecuménica por lo menos.

¹ Francisco Xavier Clavijero. *Historia antigua de México*, t. I., p. 531

Con la llegada de los colonizadores europeos se estableció un nuevo paradigma con una doble dirección en sus objetivos; por un lado, la integración con el Viejo Mundo, y, por otro, un reconocimiento al interior del continente por parte de sus mismos moradores. Esa realidad dual y contrastante tuvo que transitar en medio de convulsiones y confrontaciones que trajo como consecuencia una nueva raza, una nueva cultura.

El proceso generado a partir de la llegada de Cristóbal Colón no resulta nada fácil el describir sus aspectos relevantes, aunque con la ayuda de muchos historiadores de nuestra cultura se ha podido enfatizarlos, por lo que al hacer uso de las explicaciones que vengan al caso de nuestro asunto, se aplicará el sentido común que nos permita especificar las relaciones efectuadas a partir del acontecimiento.

El problema principal que al respecto se plantea tiene por lo menos un par de perspectivas y muchas versiones. Las primeras son una lingüística y otra ideológica, y las últimas son ya matices en las opiniones de los estudiosos del tema. Dentro de la primera se ubican las afirmaciones de los intelectuales, escritores o historiadores que han enunciado el acontecimiento como "descubrimiento", "encuentro", "invención" o incluso la broma, no por ello sin importancia, que anuncia Jorge Luis Borges, acerca de que sólo fue un "tropezón". Dentro de la segunda se anuncian las voces de los pensadores que defienden las posiciones eurocentristas y la de aquellos en los que prevalece una tradición americanista del problema.

Los planteamientos más serios al respecto son los de O'Gorman, Enrique Dussel, Antonio Gómez Robledo y Miguel León Portilla, acerca de la nominación del acontecimiento, mismo que originó una gran polémica pero que por fortuna actualmente ya estamos en la posibilidad de enunciar sólo los resultados de ella.

Podemos prescindir de que el hecho haya sido un descubrimiento, ya que no se descubre sino lo que está cubierto y el continente no lo estaba sino para aquellos que así lo consideraban, erróneamente, por cierto. Ante esto, resalta la claridad del concepto "invención", que desde *La última Tule*, de Reyes, hasta *La invención de América*, de O'Gorman, tiene mucho más solidez explicativa, entendida como proceso en la mentalidad y aunado al de "encuentro", de León Portilla, nos amplía la concepción al respecto, sin dejar pasar de lado que en cierta manera invención significa por su etimología latina, "descubrir o encontrar".

Dussel afirma que América, perfecta y obviamente, ya existía antes de 1492, pero permaneció oculta para Europa, por lo que se constituyó el sentido europeo al ente encontrado cuando éste ya poseía realidad física --pero no real para ellos--, por lo que "fue interpretada desde la realidad europea de sentido: no fue inventado sino des-ocultado"². Por lo que las palabras de Ortega y Gasset les dan la razón, pues "cada época tiene su propia visión de la historia".

² Enrique Dussel. "Otra visión del descubrimiento, el camino hacia el desagravio histórico", en *Mar abierto*. México, verano de 1985, v. 1, n. 2, p. 16

El sentido ideológico del problema se plantea desde la perspectiva de los participantes. "Ellos" nos descubrieron, y el pronombre corresponde a los europeos. León Portilla enuncia su *Visión de las vencidas* como posición contraria. Por el momento y por no ser tema de la presente investigación, dejamos hasta aquí la polémica.

Por lo anterior, las Indias, posteriormente llamada América, ya existían, con una naturaleza y cultura propias, pero no eran conocidos por los europeos, aunque éstos tampoco eran conocidos por los naturales de este continente. En esta medida se trataba de dos mundos diferentes, que coexistían en este mundo sin contacto alguno entre sí: ello plantea cierta igualdad, misma que se rompe al haber sido los europeos los que tomaron la iniciativa que propició el encuentro, y por ende dio lugar a que asimilaran el proceso desde su propia realidad, sin que por ello se tenga que aceptar sólo esa interpretación, ya que el significado del hecho se concretó entre ambos.

En lo que concierne a la importancia y significado de este momento histórico, es de capital observancia la noción de que el mundo se halla completo en su constitución, transformando así sus estructuras con muchísimos efectos colaterales, tanto para los moradores del Viejo como para los del Nuevo Mundo, sin menoscabo del enriquecimiento de la ciencia, tales como la constatación de la esfericidad del planeta y sus dimensiones y movimientos astronómicos. Para ese momento ya se sabía que la tierra giraba sobre su propio eje y alrededor del sol; ahora ya sabían que la tierra no era plana. Silvio Zavala señala que producto de la aparición de la cuarta parte del mundo se dio un contacto de

"gente, religiones, lenguas y culturas"³: en una palabra, la integración total.

Inaugurada la nueva era en la historia de la humanidad se integra en el proceso renacentista y repercute en todas y cada una de las esferas del pensamiento del hombre. Recordemos que en esos momentos los paradigmas básicos del mundo occidental estaban unos naciendo y otros muriendo, provocando el desconcierto en la mentalidad europea y revolucionando el arte se hallaban De Vinci o Michelangelo Buonarrotti; en la ciencia los nuevos principios en física y matemáticas; en la religión las disquisiciones que requirieron del Concilio de Trento para ordenar sus principios frente a las acometidas de Lutero y Calvino; asimismo, los nuevos planteamientos filosófico-sociales demostraban la necesidad básica de renovar las estructuras existentes.

En este contexto apareció el Nuevo continente, de allí que no sea gratuito que hayan pasado cerca de treinta años para enfrentarlo y veinte más para tomar conciencia de ello.

Desde su aparición, sobre todo en las esferas pensantes, dejó huellas el acontecimiento. La *Utopía*, de Moro, *Sobre los caníbales*, de Montaigne o *La tempestad*, de Shakespeare, dan fe de la concepción inicial como se concibió América.

El proceso de conocimiento del Nuevo Mundo fue lento, no sólo en el sentido geográfico sino también en el de la civilización de una nueva

³ Silvio Zavala. "Reflexiones sobre el descubrimiento de América", en *La Jornada Semanal*, enero 19, 1990.

mentalidad hacia el mundo "aceptado" hasta ese momento (en 1587 se publicaba el *Planisferio* de Abraham Ortelio, que contenía la nueva configuración del planeta), sino en la manera como se aprehende la concepción de la tierra a la que llegó Cristóbal Colón, le dio nombre Américo Vespucio y que plantea O'Gorman como una nueva entidad que se genera en la cultura occidental.

Lo anterior nos remite nuevamente al autor de *La Invención de América*, acerca de la estructura del ser, así como su sentido⁴. O'Gorman señala cómo desde el principio de la colonización se estableció una doble connotación: por un lado una América sajona en la que Inglaterra marcó su constitución social, económica y política de una manera muy específica y diferente, y por otro a los países latinos, sobre todo España y Portugal, que configuraron sobre sus dominios, un matiz especial y en cierta forma *sui generis*. Sin embargo, en este trabajo se dejará de lado, por no ser nuestro punto central, la América sajona y sólo se tratarán aquellos aspectos que nos auxilien a esclarecer la conformación y explicación del motivo de esta tesis: Latinoamérica.

Los países latinos, con algunas excepciones fueron los colonizadores de la región que va del río Bravo --antes de 1848, se extendía hasta Arizona, California y Nuevo México-- hasta la Tierra del Fuego. España, Francia y Portugal hicieron en casi su totalidad su obra en este territorio.

Ha sido reconocido por muchos "el encuentro entre dos mundos"; sin embargo, ello no fue otra cosa que un largo y violento proceso de

⁴ Edmundo O'Gorman. *La Invención de América*, p. 139-159

dominación; un proceso en el que los que llegaron y los que ya estaban no estuvieron nunca en igualdad de condiciones para consumir de común acuerdo la fusión de sus razas y de sus culturas; jamás plantearon en términos de igualdad las reglas en la decisión de habitar el mismo territorio y compartir las mismas riquezas. Fue en realidad un proceso clásico de colonización, precedido de una conquista armada y también espiritual, cruz y espada, como Robert Rickard lo señala, donde los invasores impusieron su ley y fincaron un nuevo orden social, económico, político y cultural por encima del ya existente.

Los medios son conocidos por todos, la confrontación trajo consigo saqueo y sojuzgamiento cuando no aniquilación de pueblos enteros. No obstante ello, la resistencia física y cultural de los pueblos indígenas no permitió la total aniquilación de su *modus vivendi*, propiciando así una mezcla: el mestizaje. Se creó una nueva cultura muy diferente de la europea y de la prehispánica. He ahí nuestro origen.

La multitud de cambios que generó en el terreno de la ciencia, la economía y la cultura no se hayan al margen de los procesos que la colonización y el despojo desató; el carácter creativo que en múltiples aspectos tuvo para el desarrollo de los habitantes en el continente no está tampoco sino en los mismos procesos destructivos, tal y como lo señala Bartolomé de las Casas.

Las culturas existentes no eran en absoluto inferiores unas de otras, si diferentes. Ambas poseían sistemas políticos, religiosos, sociales y culturales muy sofisticados. Aztecas, mayas o incas eran dueños de una

civilización perfectamente estructurada, con gobierno, clases sociales, ejército, religión, cosmogonía y estilo de vida.

Tal vez esto fue causa del espíritu devastador que animó a los conquistadores, que sin evaluar lo existente lo derribó. Intentó trasladar sin menoscabo su ideología y formas de vida dando como resultado un sincretismo que poco a poco se fue adueñando de todas y cada una de las esferas de la nueva sociedad a lo largo de los siglos XVI y XVII.

¿EL NOMBRE ES LO DE MENOS?

Dios ha dicho palabras a la hoja de hierba:
pueblo de Nuevo Mundo, tú eres la gran
reserva del porvenir.

Leopoldo Lugones.

Nombrar siempre causa algunos problemas, afirman los semantistas, pero es agradable darle sentido y significado a las cosas nuevas. Existe desde hace mucho una disciplina con el encargo de ello, se denomina onomaseología y se apoya en algunos otros campos del saber para cumplir su cometido. Sin embargo, regularmente prefiere esperar a que las cosas se nombren para iniciar su tarea. Esto casi siempre pasa así.

Las nomenclaturas dadas a nuestro objeto de estudio han errado por más de medio milenio, sin que a la fecha se pueda pensar que la discusión ya terminó --al menos por el momento.

La objeción que siempre se presenta en todas las variantes que ha tomado la nominación es en un sentido de dependencia, apunte con el que no estamos de acuerdo, puesto que esa concepción parece demasiado estrecha e ideologizada, además de olvidar que los nombres siempre se encuentran en relación o función de otra cosa.

Entremos pues en materia. Antes de la llegada de Colón a estos territorios, de los que se desconocía su existencia, se pensaba sólo en una nueva ruta comercial que llevaba hacia el oriente, por lo que la tesis que el genovés sostenía en primera instancia era de que había

llegado a la parte oriental de Catay. Al salir de su error y darse cuenta que no era así, llamaron Nuevo Mundo a la cuarta parte constituyente del planeta, aunque también y debido a la creencia de que habían arribado a las tierras sobre las que Marco Polo hablaba se les nombró Las Indias.

Ambas denominaciones respondían a una concepción simbólica y no por ello ciertas, pues lo que reinaba en el momento era una gran incertidumbre. En primer lugar, no era una tierra nueva. Su antigüedad geográfica y cultural no era en absoluto menor a la del occidente conocido; simplemente no se tenía noticia de ella. En segundo lugar tampoco era ni tenía nada que ver con las tierras orientales, creencia que sigue vigente de manera parcial al grado que a sus moradores hasta la fecha se les llama indios. Finalmente ambos nombres fueron la noción primaria que se tuvo sobre la idea de la tierra descubierta.

La idea de un nuevo mundo fue muy aplaudida por casi todos los cronistas religiosos, que vieron en esos territorios y en los hombres que los habitaban un gran número de seres sencillos e inocentes que evangelizar.

América surgió como nombre "oficial" del continente nuevo a partir de 1507, con la aparición del *Cosmographiae Introductio*, en honor de Américo Vesputio, el marino de origen portugués y dio lugar al inicio de la polémica. ¿Por qué no en honor de Colón, que fue el primero en llegar? Bartolomé de las Casas, junto con Miguel Servet, fue uno de los primeros inconformes al respecto, aunque como dice en *La última Tule* don Alfonso Reyes "a esa nueva parte de la tierra podemos hoy

llamarle América, en memoria del hombre audaz que la ha visitado. El nombre, según esto, había de aplicarse no al Archipiélago de Colón sino a la Tierra Firme recorrida –o siquiera descrita o 'interpretada'– por Vespucio⁵.

Su aceptación y asimilación puede decirse que llevó todo el siglo XVI, como ocurre siempre con los hallazgos que de alguna manera alteran el orden científico y la mentalidad establecida.

No paró en eso la discusión, pues en los siglos XVIII y XIX varios pensadores americanos recogieron la inquietud del polémico padre De las Casas, entre los que destacan Francisco de Miranda, Benjamín Vicuña Mackena, Justo Arosemena, José María Samper y Eugenio María Hostos.

La idea tenía sobre todo un par de vertientes; primero el nombre del continente se debía otorgar a Cristóbal Colón, por lo que se pensó en el término latino *Columbus* o ya españolizado *Columbo*, de donde se proyectaban *Colonia*, *Columba*, *Columbia* y *Colombia*.

Colonia, de Colón, si no propuesto, mentado especulativamente alguna vez, como nosotros lo hacemos ahora, no pudo tener aquel destino histórico por obvias razones de procedencia semántica. *Columba*, fue el nombre también sin destino, que sugiriera o por lo menos concibiera, fray Bartolomé de las Casas en el siglo XVI [...] *Columbia*, en recordación de Colón, surgió y se difundió en la América de lengua inglesa [... y culminó] con el nombre del Distrito Federal de Estados Unidos, donde se asienta la capital Washington [...] *Colombia*, es en fin, el nombre en español, propuesto y agitado como bandera revolucionaria por el precursor

⁵ Reyes. *Ibidem*, p. 57

Miranda, desde fines del siglo XVIII para todo el continente hispanoamericano⁶.

Cerca de 70 años duró la fiebre de la nomenclatura de Hispanoamérica y Ardao enuncia que fue Miranda en realidad quien en 1792 acuñó el término, aunque aún tardó en surtir efecto, pues en ese largo periodo se barajaron varios nombres para la América de dominación española, entre los que resaltan Continente Americano Español, Colonias Hispanoamericanas, Continente Colombiano y Confederación Colombiana, entre otros.

Y por fin llegamos al centro de nuestra atención, y para ello existen dos tesis. En primer lugar, Arturo Ardao señala que fue José María Samper en su *Ensayo sobre las revoluciones políticas y condición social de las Repúblicas Colombianas (Hispanoamericanas)* quien marcó el rasgo del concepto latino que ya distinguía la naturaleza de aquellas naciones de procedencia española, portuguesa, francesa e incluso británica y holandesa. En 1870 y 1874, Eugenio María de Hostos, continúa con esa preocupación y en un par de artículos intitulados "La Confederación Colombiana" y "La América Latina" se presenta la transición entre la terminología colombianista para afiliarse a la latinoamericanista.

No obstante los esfuerzos hechos por Samper, por algunos otros escritores *latinoamericanos* y por el autor de este artículo, reforzados por la autoridad de la Sociedad Geográfica de Nueva York, no prevalece todavía el nombre colectivo de Columbia con que han querido distinguir de los anglosajones de América a los latinos del continente. En tanto se logra establecer

⁶ Arturo Ardao. "La idea de la Magna Colombia, de Miranda a Hostos", en *Zea, op. cit.*, v. I, p. 39

definitivamente la diferencia, es bueno adoptar para el Continente del Sur y América Central, México y las Antillas, el nombre colectivo que aquí le damos [...], el de latinoamericanos que yo uso para los habitantes del Nuevo Mundo que proceden de la raza latina y de la Ibérica⁷.

Aunque esta tesis data de los años arriba señalados, Hostos ya la había empleado desde 1868.

La segunda tesis sobre el origen la plantea John L. Phelan, historiador de la Universidad de Wisconsin, Estados Unidos, en su artículo sobre "El origen de la idea de Latinoamérica", donde señala que la aportación del término la debemos --"como toda invención americana a Europa"-- al panlatino Michel Chevallier, economista político con gran prestigio en la Francia de Napoleón III, por sus artículos sobre la cultura mexicana y su impulso a los proyectos ultranacionalistas como el de abrir un canal interoceánico en Nicaragua y algunas otras como la propuesta de invasión a México a fin de "salvar" al continente americano del expansionismo anglosajón.

En 1861 se acuña el término de la *L'Amérique latine*, subrayando su carácter ideológico, y aunque no fue Chevallier el que lo hizo, la idea fue toda suya y es el *abbé* Domenech quien se refirió a ella: "*L'Amérique latine, c'est à dire, le Mexique, L'Amérique Centrale et l'Amérique du Sud*".

Para los americanistas el descubrimiento de la paternidad de la idea de Latinoamérica confirma algo que nosotros ya sabíamos. Como Edmundo O'Gorman lo ha señalado, América es, entre

⁷ Eugenio María de Hostos. *Obras Completas*, v. 7, p. 7

muchas otras cosas, una idea creada por los europeos, una abstracción metafísica y metahistórica, al mismo tiempo que un programa práctico de acción⁸.

A decir de lo anterior, parece ser coincidente y no discutiremos sino los dos puntos relevantes que nos interesa sobre la idea latinoamericana. El primero es relativo a Hostos, quien nos deja la tarea sobre la definitiva aplicación del término, que es nodal en el desarrollo de la presente investigación; y el segundo resulta más delicado pues se remarca el sentido de nuestra infinita dependencia de la cultura europea, o ahora de la estadounidense, que tenemos que superar y esto sólo se logrará a través del reconocimiento interno y externo de nuestra cultura.

Otra apreciación al respecto es acerca de los tres conceptos que sin estar refidos entre sí son de uso frecuente para designar estas regiones: *Hispanoamérica*, *Iberoamérica* y *Latinoamérica*.

El gramático José Moreno de Alba lo resuelve de la siguiente manera:

[...] Si se hacen a un lado motivaciones político-económicas y se limita el asunto al verdadero sentido que tienen las palabras, *Hispanoamérica* comprenderá sólo a los países americanos conquistados por España; *Iberoamérica* abarcará, además, al Brasil colonizado por Portugal; y *Latinoamérica* vendrá a designar a todos los pueblos ocupados en un tiempo por naciones europeas latinas [...]⁹.

⁸ John L. Phelan. "El origen de la idea latinoamericana", en *Zea*, op. cit., v. I, p. 475

⁹ José Moreno de Alba. *Minucias del lenguaje*, p. 212

El concepto final es el más amplio, pues buscaba al establecer la raíz desde la rama románica un criterio que nos homologara a todas las razas provenientes del mundo latino, ya no solamente proveníamos de lo hispánico: ya éramos hermanos y no hijos.

En este siglo Vasconcelos, Mariátegui y Haya de la Torre consideraron un nuevo concepto: *Indoamérica*. La denominación se presentaba de una manera más amplia y penetrante de nuestra realidad, pues comprende "lo indio, lo ibérico, lo latino, lo negro, lo mestizo y lo cósmico"¹⁰.

¹⁰ Raúl Haya de la Torre. "El lenguaje político de Indoamérica", en Zea, *op. cit.*, v. II, p. 483. Además se puede consultar *La raza cósmica* y los *Siete ensayos de la realidad peruana*, de Vasconcelos y Mariátegui, respectivamente.

COLONIA

SIGLOS XVI-XVII

SIGLO XVI LLEGAMOS TARDE A LA HISTORIA...

En los caminos yacen dardos rotos.
Los cabellos están esparcidos.
Destechadas están las casas
enrojecidos tienen sus muros.
Gusanos pululan por calles y plazas
y en las paredes están los sesos.
Rojas están las aguas, están como teñidas
y cuando las bebimos,
es como si bebiéramos agua de salitre.

Anales de Tlatelolco.

Con tinta negra borrarás
lo que fue la hermandad
la comunidad, la
nobleza.

Cantares indígenas.

Con el descubrimiento de América aconteció "la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y la muerte del que lo creó"¹¹. Apareció la tierra productora de las más impresionantes hechuras que fascinó y deslumbró a todos y cada uno de los visitantes. La conquista de las tierras del Nuevo Mundo, o del *orbe novo* según Pedro Mártir de Anglería, fue el principio de la imposición de un nuevo orden político y cultural y para lograrlo la política empleada fue la de la devastación total, pues en las nuevas tierras se encontraban asentadas

¹¹ Francisco López de Gómara. *Historia general de Indias*, p. 25

asentadas un par de culturas muy poderosas y perfectamente estructuradas: la Azteca y la Inca.

Las culturas bien cimentadas difícilmente pueden ser aniquiladas de un golpe y eso fue justamente lo que sucedió con la llegada de los españoles a América continental a partir de 1517. El primer punto de acceso al Nuevo Mundo fueron las Islas (1494) y le siguieron Mesoamérica y la región del Cuzco más tarde (1531). Pocos años bastaron a los conquistadores para doblegar a los pueblos, mas las culturas con su indomable espíritu no caerían ni quinientos años después. La historia precolombina fue sometida, no vencida.

La política cultural tuvo un carácter con predominancia destructiva, pero no pudo aniquilar la cultura anterior y se sobrepuso a la española: sincretismo. Pues al fundirse dos pueblos con diferentes visiones del mundo, espontánea y necesariamente surge la necesidad de homogeneizar concepciones, y parte esta noción como fruto de la ley histórica que afirma a lo más poderosa sobre la débil. Nuestro cuestionamiento radica en conocer cuál de las dos era la débil. Este es el rasgo fundamental que rige el destino de España y América: de Europa y América al enfrentarse como lo fue la Conquista.

El encuentro fue una caja de Pandora, ya se vea desde allá o desde acá. Porque la sorpresa implica un acto imprevisto y lo que vinieron a encontrar ni ellos lo imaginaban, pues las culturas precolombinas se sostenían por una nica fuerza espiritual: su cultura. Los españoles destrozaron los hallazgos físicos, como templos, ciudades, el pueblo indígena; intentaron lo propio con el espíritu: nació el sincretismo. "De

tan cansados nos retrujimos en nuestra fortaleza", se parafrasea en los *Anales de Tlatelolco*.

La Conquista puede considerar su inicio en 1494 cuando arriban a La Española (Dominicana), después de varias islas dirigen sus objetivos hacia tierra firme. La dominación armada fue seguida casi de inmediato por la misión evangelizadora, en todas y cada una de las regiones alcanzadas. En México, por ejemplo, Tenochtitlan cae en 1521, y para 1524 la misión de los Doce evangelizadores franciscanos hacían su arribo al Nuevo Mundo y tres años después lo harían los dominicos. En 1533 los agustinos completaban los tres grupos que serían los artífices de la introducción de la religión católica profesada en España. Rickard, en su profundo estudio sobre *La conquista espiritual de México*¹², analiza lo sucedido con la evangelización durante los años 1523-1572, es decir, desde la llegada de los franciscanos hasta el año en que los jesuitas hacen acto de presencia en tierras americanas.

El bautizo y la comunión son dos elementos vitales en el proceso de conformación cultural, y aunque se realizaron bajo condiciones muy difíciles debido a la resistencia ofrecida por los indígenas, es indudable que la cruzada espiritual contribuyó de manera considerable a que se efectuara una dominación más sólida y pese a que Rickard afirma que no se planteó jamás la hispanización o europeización de los indios, sabemos que sin estos fines la conquista religiosa y armada no hubiera alcanzado tanto éxito en su empresa.

¹² Robert Rickard. *La conquista espiritual de México*, p. 75-108. Baste recordar el aprendizaje de las lenguas naturales, la táctica de sobreponer templos donde los indios adoraban sus deidades, etc.

Sin embargo, reconocemos que bajo el estigma de la cruz se filtraron importantes gérmenes de rebeldía: bautizaban a miles, no los convertían, y para desagrado de las autoridades eclesiásticas la nueva cosmogonía no alteraba en su totalidad las creencias, por lo que tuvieron que optar por otro camino, pues de no haber sido así gran dificultad hubiesen tenido que vencer desde la llegada de los primeros doce franciscanos. Comprendieron que la meta no radicaba en entregar con arbitrariedad los sacramentos; tuvieron que negociar con sutileza y aceptar el camino más fácil y práctico: sobreponer culturas.

A lo largo del siglo XVI esta lucha fue encarnizada, aunque tanto la iglesia como la corona sabían que existía la necesidad, si querían establecer su hegemonía, de ser flexibles en sus disposiciones. No fue nada sencillo el procedimiento de conquista para los españoles en tierras americanas, por lo que tuvo que exterminar gran parte de la población indígena, por ejemplo en el sur del continente. La justicia sólo la consiguieron a través de la injusticia.

El proceso de compenetración y asimilación se reflejó en la sociedad conformada a partir de esos enfrentamientos. El sincretismo tuvo su desarrollo y consolidación en la fusión, en el mestizaje como resultado inherente de la confrontación a lo largo de todo el siglo.

La mezcla profundizó tanto que se convirtió en solución. La fusión fue inevitable, y tal vez, ninguno de los protagonistas captó el preciso momento en que ya no eran dos, en que no era propio pensar en dos cosas, España, la España americana, más que la peninsular era de

ellos: de pronto los españoles eran americanos, de nacimiento o de concepción, criollos o mestizos.

En Santo Domingo, primer ciudad Imperial fundada en 1494, predica fray Antonio de Montesinos contra los encomenderos; Bartolomé de las Casas, considerado como "el padre de los indios", denuncia todos los destrozos que los españoles hicieron a su llegada. En su obra *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, pide y suplica a Felipe II, rey de España, niegue las empresas llenas de "[...] la injusticia que a aquellas gentes inocentes se hace, destruyéndolas e despedazándolas sin haber causa ni razón justa para ello, sino por sola la codicia e ambición de los que hacen tan nefarias obras pretenden [...]"¹³, relatando hechos de este tipo en La Española, Jamaica, Cuba, Nicaragua, Nueva España, Cartagena, Venezuela, Río de la Plata, etcétera.

Por otra parte, sostuvo una famosa polémica con el tomista Juan Ginés de Sepúlveda¹⁴, acerca de las causas justas de la guerra contra los indios y que en su momento tuvo su victoria sobre el español. Por desgracia este tema nos alejaría del propio, motivo por el cual tenemos que dejarlo solamente acotado.

Otros frailes, como Tomás de San Martín en Perú, criticaron la forma en que los conquistadores y encomenderos adquirieron sus bienes de manera ilícita; Tomás de Ortiz, entre otros que reconocen, admiran y defienden a los naturales de la región con tal pasión que sería difícil

¹³ Bartolomé de las Casas. *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. p. 47

¹⁴ Juan Ginés de Sepúlveda. Ver el *Tratado de la justas causas de la guerra contra los indios*, donde el autor plantea una consistente defensa con base en la filosofía aristotélica y las máximas autoridades de la religión cristiana.

pensar que son extraños al Nuevo Mundo. Desde el siglo XVI, los que viven en estas tierras se convierten a un motivo idealizado. Esto aconteció con religiosos o pensadores. Más aún, así como se dan los españoles defensores de esta nueva cultura, existen los que habiendo nacido en estas tierras y de padres indígenas adoptan una postura como si fueran peninsulares, como es el caso de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, a quien incluso Octavio Paz acusa de ser doblemente infiel con el motivo de la cristianización que hizo con la traducción de los poemas de su abuelo Netzahualcóyotl.

Esta actitud sincrética comenzó desde que el primer español plantó su pie en tierra americana, desde que el primer americano contempló el vuelo de las velas del navío extranjero. La magia los envolvió. Los conversos despertaron por ambos lados; unos en respuesta del destino planteado en su cosmogonía, otros ante la ruptura de la suya. ¿Encuentro? Sí, pero de cosmogonías. La antítesis se cumple: la cultura novohispana, o más ampliamente colonial, y más tarde el espíritu americano.

Sin embargo, esto también es parte activa de nuestra historia, de nuestro proceso formativo y así como se puede ver la historia precolombina a través de sus beneficios, intentaremos lo mismo con este periodo que es determinante en la construcción moral e histórica de nuestra sociedad, pues "una sociedad se define no sólo por su actitud ante el futuro sino frente al pasado"¹⁵, y esto nos queda con mayor claridad, con base en las conclusiones de Max Henríquez Ureña o su ensayo sobre el *Desarrollo histórico de la cultura en la América Española durante la época colonial*, donde plantea que "la colonización española se distingue, en el orden de la cultura, por su carácter religioso"¹⁶, y creemos que en esto tiene mucho de razón, pues como veremos enseguida la participación de colonizadores religiosos mostró una faceta diferente ante los habitantes de estas tierras, agrega que "la conquista espiritual trae aparejada la difusión de la cultura. Junto al conquistador del mundo político viene el conquistador del mundo espiritual. Con la cruz y la espada se hermanan el abecedario y el catecismo"¹⁷. Asimismo, don Andrés de Henestrosa afirma que "Hasta que no superemos estos prejuicios, que no juicios, los remotos abuelos no estarán en paz. Hasta que no se tenga igual orgullo [y comprensión] por los dos estirpes, Cuauhtémoc no depondrá su honda, ni Cortés su espada"¹⁸.

¹⁵ Octavio Paz. *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, p. 23

¹⁶ Max Henríquez Ureña. *El retorno de los galeones*, p. 135

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ Andrés de Henestrosa. "Presentación" a *Historia de Nueva España*, de Hernán Cortés, por Antonio Lorenzana.

CORONISTAS

**Al engarzarte en su imperial diadema
España te oprimió; mas no la culpes,
porque ¿cuándo la bárbara conquista
justa y humana fue? También clemente
te dio su sangre, su robusto idioma,
sus leyes y su Dios. ¡Te lo dio todo,
menos la libertad! Pues mal pudiera
darte el único bien que no tenía.**

Núñez de Arce.

La época colonial se ha visto un poco como la Edad Media del continente americano, no sin rasgos ciertos al respecto, pues imposible sería no ver los crímenes y atrocidades cometidos a la llegada de los conquistadores, plenos de ignorancia y enfermedades; la esclavitud y el grado de explotación impío a que fueron sometidos los nativos del Nuevo Mundo, así como la clase de vida que les asignaron, despojándolos no sólo de sus riquezas materiales sino que, las más de las veces, de su honor y libertad a través de las desafortunadas formas de dominación como la encomienda, la hacienda y el repartimiento, o de las vejaciones, difíciles de olvidar de cuanta forma de martirio se les ocurriera; la forma en que destruyeron y sepultaron, además del afán de acumular botín o "hazañas", los vestigios de su cultura: ciudades tan magníficas como Tenochtitlan o el Cuzco, pues sabemos que existían Pedros de Alvarados diseminados por todo el continente, en fin, todo lo que una injusta guerra acarrea consigo.

Los frailes evangelizadores que vinieron a América, además de sus actividades religiosas asumieron muchos otros compromisos en las colonias, pues casi enseguida de su llegada, impresionados ante el Nuevo Mundo, tomaron la pluma para dejar memoria sobre lo hallado. Obras como la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, de Bernardino de Sahagún, *Historia de las Indias de la Nueva España*, de Toribio de Benavente, la *Historia de Indias*, de Bartolomé de las Casas o la *Monarquía Indiana* de Juan de Torquemada son un fiel reflejo de estos cronistas evangelizadores por recuperar rasgos de la historia de los indígenas, así como en el caso de Bartolomé de las Casas y Motolinía por auxiliar y defenderlos de maltratos e injusticias ocasionando más de una vez severos enfrentamientos con los conquistadores y junto con Sahagún, desde diversos ángulos del problema, son sin lugar a dudas, al lado de algunos otros, los pioneros de nuestra identidad. Imitan, defienden, estudian, en una palabra, están generando los principios de la nueva cultura, aunque no por ello debemos decir que su actuar era ya consciente. No, su fin era claro y en otra dirección. Sus obras nos legaron información y documentos de la época, de un valor inapreciable para la comprensión de nuestra ancestral cultura: memoria.

Por otra parte, también fueron hombres preocupados por las lenguas originarias de estas tierras y no sólo se limitaron a comprenderlas sino que también realizaron manuales sobre de ellas y, hasta donde la Corona les permitió, buscaron la manera de enseñar el castellano y también de traducir los principios doctrinales a las lenguas naturales.

La actitud de De los Casas, señala Mariano Picón-Salas, "honra el pensamiento hispano del siglo XVI", al plantear con sus disputas las fronteras entre la Edad Media y el Renacimiento, que puede considerarse como la semilla de la querrela que surge en el siglo XIX entre la concepción "colonialista y tradicionalista que ponían énfasis en el predominio de las formas españolas de nuestra cultura y la liberal revolucionaria, que proclamaba en forma agresiva la ruptura con España"¹⁹.

El valor del testimonio de la época es fundamental, al grado que la crónica después de la Conquista se vuelve una institución; fue la especie literaria que mostró la necesidad por justificar los actos realizados en estas tierras ante la Corona. La crónica es el siglo XVI. El siglo XVI es la crónica.

No sólo los religiosos la practicaron, sino también los guerreros, los intelectuales y hombres preocupados por el conocimiento --pues en esa época el término aún no tenía connotación alguna-- y también los indígenas. Los cronistas se convirtieron así en los testigos --únicos en muchos casos-- de los acontecimientos surgidos del contacto entre las dos culturas. Por ello, esos trabajos en los que depositaron gran parte de su vida, su apreciación y experiencias eran, sin apenas darse cuenta, los gérmenes de un pueblo naciente, de la historia de América. La crónica se convierte en el espejo del siglo, de la Colonia, del Nuevo Mundo, delineando con variedad los diversos aspectos de la sociedad en ese periodo, como religión, historia natural, historia moral,

¹⁹ Mariano Picón-Salas. *De la Conquista a la Independencia*, p. 52

costumbres y tradiciones ancestrales de los pueblos que habitaban estas tierras, por lo que hoy para realizar cualquier investigación sobre la época es imprescindible consultar esas fuentes, tal vez como única forma de acercarnos un poco. Más de seiscientos se escribieron durante el siglo XVI y un tercio del siguiente y no obstante que muchísimas permanecieron olvidadas hasta por doscientos años en archivos, debido en parte a una actitud ignorante, que no avaloraba su verdadero valor. García Icazbalceta, José Ramírez, Ángel María Garibay, Luis González Obregón, Miguel León Portilla o Edmundo O'Gorman, entre muchos otros, merecen un sincero reconocimiento por la labor de rescate que han realizado al respecto.

El papel de los cronistas con sus obras, consideramos, sobre la opinión de José Joaquín Blanco incluso, que es la primera forma literaria y de pensamiento escrito generada en el Nuevo Mundo, pues son trabajos muy serios y amplios, por ejemplo, aquél sobre la moral natural que realizó Joseph de Acosta; o sobre historia natural de Fernández de Oviedo, con justicia llamado *El Plinio de América*; o ese otro sobre las costumbres y tradiciones de los pueblos americanos de Sahagún o Motolinia.

Los soldados también tomaron la pluma para plasmar sus hazañas, inmortalizando sus testimonios sobre las novedades de los pueblos con los que peleaban y cumplían así con el doble papel de, primero, luchar por su rey y patria y también dar testimonio ante el mundo de las novedades de América. Algunos y en particular Cortés y Pizarro, tenían un cometido político: eran informes de guerra. *Las cartas de relación*

son un claro ejemplo, o *La verdadera historia de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, sobre el que un escritor afirma que es uno de los monumentos más grandes y curiosos de su especie, un libro único que no posee ninguna otra literatura, o en la opinión de Beristáin, "nos dio a luz a un poema, no una historia".

Ramón Iglesias y Carlos González Peña rescatan las obras de algunos otros soldados, entre ellas las de Fernández de Oviedo, Antonio de Solís o López de Gómara. Este último realizó una verdadera apología sobre Hernán Cortés, del que era cronista oficial.

Algunos otros, como Pedro Mártir de Anglería con sus *Décadas del Nuevo Mundo*, o los mestizos Fernando de Alva Ixtlixóchitl con sus *Obras Históricas*, Hernando Alvarado Tezozómoc con *Crónica Mexicana* o Chimalpahin con sus *Relaciones* forman parte del acervo con mayor importancia del género, pues en ellas se percibe una mirada aún indefinida, titubeante, tal vez, sin parecer apresurados, más americanas.

HUMANISMO EN LA COLONIA

**Al arrojar el áncora pesada
en las playas antípodas distantes,
verá la cruz del Gólgota plantada
y escuchará la lengua de Cervantes.
Duque de Frías.**

Dentro de la vida social de las colonias españolas, el proceso que abarca desde el enfrentamiento hasta la fusión, pasando por el sometimiento y el sincretismo, es una historia circular, en la que no se puede ver una fase sin advertir las otras. Están íntimamente entrelazadas; se tocan y trastocan. Florescano advierte que desde "la primera generación de criollos fue una generación aindiada, un tipo humano de cultura española pero fuertemente influido por la alimentación, las costumbres y las formas de vida indígenas y mestizas"²⁰.

Por eso desde la Conquista, la sociedad, en su propia modelación, adecuó los acontecimientos al desarrollo de su configuración, generando una lucha interna de clases por alcanzar mejores niveles de vida, creando así mecanismos de salvaguarda. Los peninsulares por un lado, los indígenas por otro y aunque no se puede olvidar que del movimiento criollo surgen los ideales independentistas, tampoco podemos soslayar que "aun cuando étnica, social y culturalmente era [ya] en el siglo XVII una sociedad mestiza, ni en este siglo ni en el

²⁰ Enrique Florescano. "Ser criollo en Nueva España", en *Nexos*, número 103, julio de 1986, p. 6

siguiente los novohispanos tuvieron la conciencia de serlo²¹, observación que puede asumirse para las colonias en general.

Muy compleja y contradictoria era la sociedad durante la Colonia. Por ejemplo, Bartolomé de las Casas, el defensor de los indios, en su ánimo de proteger a los nativos, impulsó tal vez sin darse cuenta, que las castas existentes incorporaran al mestizaje un nuevo elemento, pues, "propuso al emperador Carlos V la importación de negros que se extenuaran en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas"²².

El siglo XVI, en su propia consolidación histórica, fue para la sociedad un proceso de mezclas y entrecruzamientos raciales y culturales, por lo que puede afirmarse que desde aquí el futuro americano se hallaba en gestación.

Las formas de estructurar a la sociedad por medio de medidas políticas como la encomienda, la hacienda o el repartimiento, dejaron una forma de organización, de dominio y de dependencia que más tarde se reflejará en las consecuencias de los movimientos independentistas. El pionero español, así como el conquistador, estableció un patrón que prevalecerá hasta la fecha: los caudillos, que como todos sabrán, asumieron un carácter directriz, que se requerirá, casi inevitablemente los movimientos emancipadores del siglo XIX. Se puede parafrasear de la literatura inglesa "no serás caudillo, serás padre de caudillos". Será la imagen de nuestro propio usurpador del poder, nuestro propio Macbeth. La política, en cuanto poder, unió fuerzas con la religión y

²¹ *Ibid.* p. 5

²² Jorge Luis Borges. *Historia universal de la infamia*, p. 17

entre ambos lograron otorgar cierta estabilidad a las colonias hispanas, como dice Paz, se creó un sistema de control para durar. En medio de estas instituciones surgió la Inquisición, que tenía el propósito de "defender la religión y la cultura católica españolas de quienes seguían ideas heréticas y no respetaban los principios religiosos"²³ y ahora nos sirve como medidor de lo que fue el pensamiento social de la época, aunque también nos dibuja la tendencia más natural que siempre conlleva un pensamiento decadente: el dogma.

Conforme avanza el tiempo de la Colonia, la Inquisición requiere de mayor capacidad para frenar la cada vez más acuciosa introducción de obras con planteamientos sociales que generaba en su momento Europa y ya hacía perfecto eco en América, creando así los primeros gérmenes humanistas. González Casanova resalta que "en el siglo XVII se encuentran a primera vista dos grandes corrientes ideológicas de la literatura perseguida: aquellas que corresponden a las herejías tradicionales y aquellas que derivan de las ideas modernas o ilustradas"²⁴.

Esta dualidad de control político jugó un papel muy importante en la totalidad del proceso histórico de la Colonia, en relación directa con el desarrollo de las estructuras sociales y que aunadas a las crisis económico-políticas de la metrópoli, resultó cada vez más difícil contener el movimiento de una América nueva.

²³ Richard E. Greenleaf. *La Inquisición en Nueva España. Siglo XVI*, p. 11

²⁴ Pablo González Casanova. *La literatura perseguida en la crisis de la Colonia*. p. 125

Ya antes se ha señalado la importancia de Fray Bartolomé de las Casas y Bernardino de Sahagún, sin embargo, ellos no fueron los únicos en responder por las tierras americanas, por lo que al mismo tiempo se puede rescatar la preocupación por transmitir sus observaciones sobre el Nuevo Mundo como se advierte en las obras de los cronistas. El humanismo se manifestó muy ampliamente, incluyendo algunos literatos como Sor Juana Inés de la Cruz, Santa Rosa de Lima, el Inca Garcilaso de la Vega, Juan Ruiz de Alarcón, Carlos Sigüenza y Góngora, Tito Cusi Yupanqui, Bernardo de Balbuena, Alonso de Ercilla o Francisco Cervantes de Salazar, entre otros, dignos representantes del sentir en estas tierras, en sus obras la realidad americana brota casi inconscientemente, aunque no podemos dejar de anotar que aún no poseen el sentido humanista contundente, ni siquiera de la americanidad, pues aún prevalecía la idea de ser como los españoles --eran españoles con obras americanas--, mas no por ello podemos dejar de percibir ambos sentires que geminaban en sus letras.

Las obras humanísticas que nos legaron Antonio de Montesinos, en La Española, o Vasco de Quiroga, en tierras tarascas, donde dejaron puestos en práctica sus ideales --verdaderamente utópicos-- sobre los indios; así como la introducción de la imprenta es un reflejo del noble humanismo que poseyó el obispo fray Juan de Zumárraga, quien, no olvidemos, también fundó la Universidad en México en 1551.

Las universidades durante la Colonia fueron determinantes en la creación de los instrumentos necesarios para la generación de humanistas. En Santo Domingo, por ejemplo, la creación de la

Universidad databa ya de 1538; asimismo, durante el siglo XVI las introdujeron en casi todas las principales ciudades de los virreinos y capitanías hispanas.

Es importante resaltar la función y el mérito que la Compañía de Jesús tuvo en las colonias y sus obras generadas, tanto a través de sus intelectuales como por las "reducciones" creadas por los misioneros en el Paraguay, las cuales serán a la postre los gérmenes de una nueva manera de pensar en el Nuevo Mundo.

En el siglo XVIII existió una fuerte oleada de jesuitas humanistas, que fueron determinantes en el cambio de mentalidad en las colonias, al grado que en 1767, Carlos III expulsó de tierras americanas a la Compañía de Jesús y a todos sus miembros. Esta centuria, a decir de Henríquez Ureña, "dentro de los límites impuestos por el régimen de la Colonia, fue acaso el siglo de mayor esplendor intelectual autóctono"²⁵ y en mucho se debe a la presencia de pensadores como Francisco Xavier Clavijero, Francisco Xavier Alegre, Andrés Cavo, Jacobo Villaurrutia, Manuel Fabrio y Juan Luis Manero, quienes, entre otros, fueron los verdaderos artífices de ese género intelectual que es el humanismo.

Además, como señala Gabriel Méndez Plancarte, estos hombres no sólo ya "no se sienten españoles, sino mexicanos, y así lo proclaman con noble orgullo en las portadas de sus obras; abogan por el mestizaje entre españoles e indígenas como medio de lograr la fusión no sólo física sino espiritual de ambas razas y de forjar una sola nación; ya

²⁵ Pedro Henríquez Ureña. *Antología del Centenario*, p. 661 (ver índice bibliográfico de la época).

tienen conciencia profética de la patria Inminente que está gestándose en la Nueva España²⁶, y aunque sólo señalan a la Nueva España, para esas fechas éste es ya un sentir que abarca toda América. No olvidemos que fueron los criollos los primeros gérmenes que hicieron conciencia de su americanidad.

A manera de conclusión, en este siglo algunos como Arciniegas piensan, no sin razón, que las ideas libertarias provenientes de la Ilustración o de las Independencias francesa o norteamericana no fueron el único elemento que determinó la configuración del pensamiento independentista, pues si bien las influencias antes señaladas fueron muy importantes, existen por lo menos un par de elementos muy importantes y que en ocasiones son olvidados.

En primer lugar, este siglo tuvo mucha fortuna sobre todo por la llegada de algunos virreyes preocupados por construir dentro de sus circunscripciones ambientes no tan hostiles para la generación de ideas. Bucarell en México; Caballero y Góngora en Nueva Granada; Amat en Perú; Vértiz en Río de la Plata, son, entre otros, los protagonistas de este que fue llamado "el siglo de los virreyes". En segundo lugar, resalta la visita de algunos hombres con fama de sabios y humanistas, como Bonpland, Antonio Ulloa, Mutis y el más reconocido de todos ellos: Alejandro von Humboldt, quien más que un simple viajero fue todo un visionario de la cultura americana; baste recordar sus caracterizaciones geográficas o sus ensayos políticos que, a decir de Carlos Pereira, "es una obra fundamental para toda la América

²⁶ Gabriel Méndez Plancarte. *Los humanistas del siglo XVIII*, p. VIII y IX.

española²⁷, e inspiradora de los más altos ideales del siglo XIX, en hombres como Bolívar o Juárez.

"América española --advirtió Max Henríquez Ureña-- produjo durante el período colonial hombres sobresalientes en las ciencias, en las letras, en las bellas artes; y en la cultura colonial templaron sus espíritus para la magna empresa de emancipación de los libertadores²⁸. Es indudable que de esta vena provienen Bolívar, Hidalgo, Morelos, San Martín o Sucre.

²⁷ Vito Alessio Robles. *Alejandro von Humboldt, su vida y su obra*, p. 81

²⁸ M. Henríquez Ureña. *El retorno de los galeones*, p. 135

INDEPENDENCIA

SIGLO XIX

LA INTELIGENCIA AMERICANA

Una Minerva rejuvenecida y de mirar más dilatado es la que preside el desarrollo del grupo de las naciones latinas de América.

José Vasconcelos.

"No hemos tenido ni edad crítica ni revolución burguesa ni democracia política; ni Kant ni Robespierre, ni Hume ni Jefferson"²⁹. Es una realidad del pueblo americano. Es, "en sí, un problema, un ensayo del Nuevo Mundo, algo que tienta, provoca, desafía a la Inteligencia"³⁰, y nos indica un solo camino, pues si "no hay letras, que son expresión, hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana, hasta que no haya Hispanoamérica"³¹.

Nuestro tardío encuentro con el mundo occidental configuró una historia *sui generis* en muchos aspectos, donde, por ejemplo, la cultura existente en el continente se hallaba en pleno desarrollo de la etapa postclásica --si es que se puede llamar así al periodo Mexica--, mientras que, de manera muy diferenciada en la cultura europea se encontraban en la transición del medioevo al Renacimiento y que además, lograba expulsar, apenas unos años antes de la conquista a los últimos bastiones árabes después de 900 años de que habían sido invadidos. En una palabra, en el momento del choque cultural entre el Viejo y Nuevo Mundo fue un encuentro de dos cosas absolutamente diferentes.

²⁹ Paz. *Op. cit.*, p. 30

³⁰ Germán Arciniegas. "Nuestra América es un ensayo", en Zea, *op. cit.*, v. II, p. 295

³¹ José Martí. *Textos*, p. 10

Cosmogonías, sistema de creencias, lenguas y cultura, rasgos étnicos, etcétera, puede incluso afirmarse que lo único común que poseían ambos eran las cualidades psíquico-biológicas propias del género humano. De ahí que no nos extrañe la discusión sobre la naturaleza humana o anímica que se plantearon en ese momento y como germen de nuestra futura configuración cultural.

La cultura americana a partir de ello desarrollará sus propios rasgos distintivos y culturales, de ahí que Pedro Henríquez Ureña señale que "la cultura colonial [...] no fue un mero trasplante de Europa, [como] ingenuamente se suponía, sino en gran parte obra de fusión, fusión de cosas europeas y cosas indígenas"³².

Esta fusión no pudo haber producido sino los orígenes de lo que somos, de cómo pensamos y actuamos e incluso de lo que deseamos ser. El problema con el que nació la América española se centra en su integración social, como resultado de las formas de transculturización dadas. El americano ensaya desde muy temprano, ensaya primero como acto, como práctica de bosquejar y organizar su pensamiento. Por eso ensaya y convertirá al ensayo en el medio de expresión de ideas más habitual hasta la fecha.

El ensayo, como lo definía Montaigne: "yo soy la propia materia de mi libro [...] quiero que en él me vean con mis maneras más sencillas, naturales y ordinarias, sin disimulo ni artificio: pues píntome a mí mismo"³³, tiene muchísimas semejanzas con la naturaleza del

³² P. Henríquez Ureña. "Notas" a *De la Conquista a la Independencia*, de Mariano Picón-Salas, p. 9-10

³³ Michel de Montaigne. *Ensayos*, v. I, p. 35

americano. El ensayo es una forma fragmentaria y abierta porque es la expresión natural. Fragmentaria como toda nuestra cultura e igualmente el que nuestra expresión natural cree y sea abierta es una característica que se da desde el ensayo en defensa de los indígenas que fray Bartolomé escribe, hasta el ensayo de Lezama Lima sobre *La expresión americana* o de aquellos pensadores que con motivo del Quinto Centenario ayudan en el propósito de desentrañar la naturaleza de nuestros pueblos y hombres. Pudiera pensarse en la existencia de un único ensayo americano que todavía se escribe.

Dentro del ensayo americano subsisten los más recónditos problemas, deseos e ideas sobre el continente, al grado que parece que el ensayo es el mismo, el autor no importa tanto como el discurso en sí, su coherencia y unidad son el origen de sus propias significaciones. El alma latinoamericana escribió, escribe y seguirá escribiendo su ensayo. El ensayo es un género híbrido de la literatura, coinciden los estudiosos. Villaurrutia, por ejemplo, lo definió como el producto equidistante entre el periodismo y la filosofía, "literatura e ideas", o Reyes, que lo piensa como un intercambio de servicios entre la literatura y otras disciplinas del pensamiento escrito: el "Centauro de los géneros".

El ensayo es multifacético y tiene muchísimas posibilidades de entrelazar disciplinas y tal vez lo único que se le pide son, como observa José Luis Martínez, dos elementos: "originalidad en los modos y formas del pensamiento y sistematización lógica"³⁴.

³⁴ José Luis Martínez. *El ensayo mexicano moderno*, p. 11

La forma de expresar las ideas por medio del ensayo, con todas sus posibilidades, es para los americanos algo tal vez normal y armónico con su propia naturaleza, pues nos dibuja y describe el pensamiento sociológico, filosófico y literario.

El rasgo más sobresaliente sobre la función que el ensayo ha tenido entre nosotros es el pedagógico. Sí, el ensayo pretende no sólo exponer alguna idea, sino enseñarla, transmitirla, hacerla de todos y cada uno de los moradores del continente. Vasconcelos, Rodó, Henríquez Ureña, Montalvo o Martí eran unos maestros por naturaleza.

El artículo periodístico, los estudios críticos, el tratado, el discurso, la teoría entre otras facetas del ensayo fueron el medio de expresión que utilizaron los pensadores para exponer sus ideas sobre la naturaleza política, social, cultural, étnica del continente, donde formulaban desde sus dudas primarias hasta las utopías más complejas sobre el americano o lo americano.

Sin embargo, es un sentir generalizado el preguntarse por qué estas tierras latinoamericanas no han generado filosofía a lo largo de toda su historia. Este planteamiento no sin cierta verdad, no puede considerarse de ninguna manera totalmente real, pues si bien es cierto que no existe perfectamente delimitado y reconocido la figura del filósofo, no por ello no se advierte que este tipo de hombres está en ciernes.

Si negamos la existencia de pensadores o filósofos en América por el hecho de no poseer sistemas filosóficos, al mismo tiempo tendríamos que olvidarnos de pensadores como Nietzsche, Kierkegaard, Ortega y

Gasset, Rickert, Windelband, Adorno, Horkheimer, Gramsci, entre muchos brillantes y talentosos filósofos, insertos en tradiciones muy profundas de pensamiento pero que tampoco generaron sistema alguno.

La diferencia que existe aun con los pensadores latinoamericanos es, tal vez, que en estas tierras no se han tenido pensadores de la talla de Kant, Hegel, Hume o Dilthey y por tanto, carecemos de la tradición filosófica.

Los pensadores americanos tal vez no generen sistemas filosóficos, pero es indiscutible que Eugenio María de Hostos, Leopoldo Zea, José Vasconcelos, Samuel Ramos, José Carlos Mariátegui, Joao Costa Cruz, Enrique Rodó, José María Samper, son pensadores, intelectuales, preocupados por el ser y la esencia, la identidad, la formación de la conciencia, así como de problemas concretos, pero como señalan Mariátegui o José Gaos, la filosofía en nuestro continente es la crisálida que se esfuerza por alcanzar la majestuosa imagen de la mariposa.

Mucho se ha avanzado al respecto, aunque siempre se planteará el problema filosófico como un eco de las tendencias europeas. La filosofía europea en América se concreta. América se piensa en sus términos. Nos falta dar el paso final.

El exilio español trajo pensadores sobre filosofía, como José Gaos, Ramón Xirau, Eugenio Imaz, Adolfo Sánchez Vázquez, Wenceslao Roces, entre otros, que a brazo partido nos han enseñado gran parte de la tradición filosófica europea al tiempo que han reflexionado con

nosotros sobre el tema de nuestra cultura. Los pensadores latinoamericanos luchan por encontrar nuestra identidad, concibieron los movimientos independentistas, revolucionarios, se convirtieron en generadores de cultura, pero algo pasa. Sería muy interesante revisar por qué en América no ha sido posible el establecimiento de una real filosofía, pero ello es motivo de otra investigación.

Francisco Miró Quezada, hace algunos años en su libro sobre el despertar y el proyecto de la filosofía latinoamericana, observa que "la única manera de hacer filosofía en América Latina era meditar a fondo sobre nuestra propia realidad para tratar de desentrañar el sentido de nuestra historia, el significado de nuestro proyecto de existir"³⁵, por lo que reconoce que el filosofar latinoamericano nace por inseminación artificial, pues la formación de los profesores universitarios abocados a explorar el mundo filosófico, como arrastrados por el vértigo se nutren de los libros que contienen las corrientes europeas en boga, al tiempo que para lograrlo se proponen el dominio de las lenguas europeas, así como el latín y el griego pues saben que éste es el único camino para alcanzar la tradición filosófica.

Pensadores como Zea, Ramos, Romero, Uranga, Villoro, Airdao, Salazar Bondy, Cruz Costa, entre otros, se preocuparon no sólo por consolidar su formación intelectual o de bosquejar un proyecto latinoamericano que consistía en dilucidar la afirmación del ser americano, la creación de una cultura auténtica al tiempo que pretenden conocer nuestra

³⁵ Francisco Miró Quezada. *El despertar y el proyecto de la filosofía latinoamericana*, p. 8

condición humana, sin que por esto dejen su enamoramiento de la filosofía europea y de su predicación.

El proyecto sigue su curso y aunque en México, por ejemplo, ha tenido algunos avances con las obras de Ramos y Uranga sobre el ser mexicano, Martínez Estrada y Sarmiento sobre los argentinos, Mariátegui sobre los peruanos o Leopoldo Zea con ensayos ontológicos sobre el origen y esencia del americano, reconocemos que aún falta mucho por hacer, pues como Zea y Paz afirman que la filosofía que se genere al interior del continente, sea mexicana, cubana, argentina o chilena, si de verdad quiere serlo será simple y llanamente filosofía o sea, filosofía sin más.

ABELES Y CAÍNES

**¡Sombras ilustres que con cruento riego
de libertad la planta fecundasteis,
y sus frutas dulcísimos legasteis
al suelo patrio ardiente en sacro fuego!**

A. Quintana Roo

La independencia de los pueblos americanos no sólo no fue algo sencillo y sin complicaciones posteriores, sino que al contrario trajo consigo graves conflictos en los que se refleja, tal vez, el matiz definitorio que les quedó a los pueblos donde la dominación española se estableció durante 300 años. Huella que aún permanece a casi dos siglos de los acontecimientos libertarios.

La caída de la Corona española en el continente tuvo repercusiones muy diferentes a las de los ingleses de Cromwell o los franceses de la Revolución, que al desplazar la figura del rey en su sistema político optaron por la República: los hijos asumieron el poder. Sin embargo, entre los americanos se generó una especie de sentimiento de orfandad que impidió la constitución de un gobierno estable y condujo a las naciones del continente por dos caminos que de alguna manera propició una grave ausencia en la generación de modelos democráticos y republicanos. Las guerras fratricidas y las dictaduras militares, aparecieron como la imagen de los hijos que disputan entre sí por el liderazgo y poder, mostrando esa doble careta.

Durante las primeras dos décadas del siglo pasado se independizaron la mayoría de las colonias continentales, aunque no habían transcurrido sino apenas unos años cuando los nuevos gobiernos desembocaron en dictaduras con terribles guerras internas por la posesión del poder, y los encarcelamientos y persecuciones sobre los propios caudillos libertarios no se hicieron esperar.

La violencia y los usurpadores del poder se volvieron un rasgo característico de nuestra evolución, de nuestra cultura, pues como afirma Octavio Paz, "la imagen del *dictador* hispanoamericano aparece ya, en embrión, en la del *libertador*"³⁶. Se sumó a ello, la guerra entre los pueblos americanos, con el pretexto de límites o desavenencias políticas, impidiendo así la posibilidad de crear naciones fuertes y consolidadas y restando capacidad para enfrentar a aquellas naciones ya constituidas como las europeas o la norteamericana: era la invitación a la dependencia y el principio de la extinción del sueño bolivariano, aún antes de nacer. Caín prevalecía sobre Abel.

Desde la *Proclamación a los pueblos del Continente Colombiano* en 1808, por Francisco de Miranda, se vislumbra el hecho de independizar a la totalidad de las colonias hispanas, la necesidad de recobrar su historia. El reclamo de 300 años de dominación española, es el sentimiento manifiesto de casi todos los americanos, además de la concepción sobre lo injusto de la conquista realizada a través de Cortés, Pizarro, Quesada y Soto, bárbaros cuya única misión consistió en destruir las culturas existentes.

³⁶ Paz. *El laberinto de la soledad*, p. 110

Sin embargo, la liberación de los pueblos latinoamericanos no fue sino el primer pretexto para llevar a cabo el reconocimiento de una existencia real de América y sus pobladores. José María Morelos en sus *Sentimientos de la Nación*, en 1813, plasma con muchísima claridad no sólo la independencia, sino que plantea el proyecto de nación, así como su relación frente a los que intentarían violentarla. En una palabra, en las proclamas de la época se diseña el nacimiento de un nuevo modo de concebir nuestra existencia, de aquí que no sea gratuito el bosquejo de Constitución en que cree Morelos y el justo reclamo de Miranda. Ninguno olvida la religión ni la lengua, no las creen extrañas a nuestra naturaleza, pues saben que si bien fue una trasplatación, ahora ya las consideran propias. Bolívar en su *Carta de Jamaica*, afirma que ya tenemos "un origen, una lengua, unas costumbres y una religión"³⁷, por lo que sólo falta el gobierno para lograr la unidad. Del pasado apenas se conserva algo, dice Bolívar, consciente de que la lucha independentista sólo es el principio de lo que será nuestra identidad: "no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles"³⁸; en suma, el libertador no alcanza a definir qué somos, pero sabe que esa será la tarea de todos los americanos pues la pura independencia política no será suficiente si no se logra la emancipación mental y se adquiere conciencia de nuestra naturaleza.

³⁷ Simón Bolívar. "Carta de Jamaica", en *El ensayo político latinoamericano*, p. 46

³⁸ *Ibid.*, p. 37

Los caudillos de nuestra emancipación advertían que aspectos como libertad y reconocimiento no eran conceptos que pudieran separarse porque eran complementarios. En lo primero, Miguel Hidalgo, José de San Martín, Bernardo O'Higgins, José Artigas, Guillermo Sucre, fueron piezas importantes; en lo segundo, ya estaba la semilla, mas era sólo el principio.

Los ideales bolivarianos, llámense colombianos o hispanoamericanos, fueron secundados en todo el continente por pensadores de la calidad de Francisco de Bilbao en Chile; Simón Rodríguez y Andrés Bello en Venezuela; Juan Montalvo en Ecuador; Eugenio María de Hostos en Puerto Rico; Justo Frosemena en Panamá; José María Samper en Colombia y Domingo F. Sarmiento en Argentina, entre tantos otros que se preocuparon por darle sentido y dirección a la emancipación mental del continente; lo imaginaron, lo inventaron, lo sufrieron en carne propia, pues sabían que en la constitución de un gran estado, conformado a través de la unión de todas las naciones comprendidas entre el río Bravo y la Patagonia, era una opción deseada y viable para enfrentar a cualquier nación del mundo occidental.

Bolívar veía en América "la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria"³⁹, depositando la capital en México; Bilbao creía en un Congreso Normal Americano donde se unificara el alma americana, e identificaron un sólo destino para "salvar la personalidad con el desarrollo integral de todas las funciones

³⁹ *Ibid*, p. 42

y derechos⁴⁰, e incluía la independencia amenazada por los imperios europeos, remarcando que sólo a través de la unión del pensamiento y voluntad podría enfrentarse el porvenir.

Justo Arosemena pensaba en un proyecto para *Fundar una liga Suramericana*, mientras Andrés Bello construía su *Gramática de la lengua castellana*, con un intencional subtítulo "para el uso de los americanos", con la conciencia de que la unificación de la lengua permitiría un mayor vínculo entre las naciones del continente; Simón Rodríguez y De Hostos, difundían y defendían con ardor la obra y el pensamiento de Bolívar, así como la idea de que América requería una revaloración ante el mundo occidental. Todos ellos buscaban organizar la concepción de la esencia de las nuevas naciones y comprendían que si encontraban los elementos que otorgaran una fuerte identidad podían mirar sin complejos de ninguna especie a cualquier otro pueblo. Muchos problemas enfrentaron sobre todo en su organización política, razón que exacerbó la conciencia de muchos pensadores, sin que ello, impidiera la generación de gobiernos corruptos y tiránicos, donde el principio era la violencia, donde no existían mayores ideales que los de las armas y el poder. Toda América padeció este mal, desde el siglo XIX y como consecuencia se extendió, desgraciadamente, al presente siglo. No resulta ocioso señalar, que en todo el continente se crearon sistemas constitucionales que difícilmente correspondían a la realidad imperante, además de no ser armónicos a las tradiciones y costumbres.

⁴⁰ Francisco de Bilbao. "Iniciativa de América. La idea de un congreso federal de las repúblicas", en *Fuentes para la cultura latinoamericana*, de Zea, v. I, p. 53

En 1814, apenas liberada la República del Paraguay, se erigió la figura del dictador Gaspar Ruiz de Francia y más tarde la del general Stroessner; Balcarcel (1832) y Laureano Sáenz (1874) en Argentina; Santa Anna (1831) y Porfirio Díaz (1876) en México; Fabre Geffrand (1859) en Haití; Solano López (1859) en Uruguay; Paez (1861) en Venezuela; Prado (1868) en Perú; Gabriel García (1860) en Ecuador; Marchesi (1867) en Puerto Rico, entre muchos otros colaboraron en mucho a destrozar el Ideal panamericano de fraternidad.

Esta tradición continuó durante el siglo XX con los Machado y Batista en Cuba, Somoza en Nicaragua, Vargas y Castelo Blanco en Brasil, Trujillo en Dominicana, Torrijos en Panamá, Pinochet en Chile, o las Juntas militares que se extendieron por el continente e impusieron sus condiciones provocando la ruina económica y moral del continente.

¿Pero éste era el sueño Panamericano? ¿Está en la naturaleza del hombre americano arrebatar el poder? ¿Habrá terminado la utopía americana? Antes de intentar responder, veamos otro fenómeno que es consecuencia del anterior, obstáculo para el progreso latinoamericano, pero no por ello menos real y triste: la guerra.

En 1826, se inauguran las guerras en la América Independiente, con el conflicto entre Brasil y Argentina; en 1837 la guerra entre Chile y Perú; 1842 entre Argentina y Uruguay; 1846 México-Estados Unidos; 1859 Perú-Ecuador; 1864 Chile y Perú contra España; 1865 la Triple Alianza -- Argentina, Uruguay y Brasil-- en contra de Paraguay; en 1879, Perú y Bolivia le hacían los honores a Chile en la llamada Guerra del Salitre, y

concluye el siglo con la conflagración entre Estados Unidos y España, que involucraron directamente a Cuba.

Sin lugar a dudas la generación de caudillos, la imposición, sin fortuna, de modelos de gobierno, sumado a la falta de una verdadera conciencia de emancipación fueron determinantes en la escasa estabilidad que manifestaron los incipientes proyectos políticos en el siglo XIX. Además, de la aparición de la expansiva influencia de los norteamericanos en las cuestiones internas de las naciones latinoamericanas.

Con el surgimiento de las naciones independientes, un fenómeno muy notable apareció, pues al plantear la figura que debía gobernar, se pensó en Emperadores americanos como en México o Brasil, en Triunviratos, Juntas o incluso Directorios. Por lo que, el medio en que los Presidentes asumieron el poder, podía ser más propicio para erigir dictaduras que gobiernos republicanos.

Por otra parte, la actitud de los caudillos independentistas mostraron indecisión y hasta desconfianza dando lugar a severos enfrentamientos con los otros caudillos, como en los casos de San Martín o Artigas. El síntoma de vacío de poder no era otra cosa que el reflejo de la forma de gobierno político ejercido durante la Colonia, donde los virreyes siempre fueron designados desde la Metrópoli, por lo que al nacer las naciones independientes no tenían experiencia alguna de dirección nacional. Por otra parte, el caudillismo que ya hemos anotado desde Pizarro a Cortés inconscientemente se filtró en nuestras Cartas Constitucionales.

Al depositar el poder en dirigentes que casi todos ellos eran militares y regularmente salvo en excepciones contadas su atención se centraba más en mantener la paz a cualquier costo que en los ánimos de reflexionar sobre las verdaderas necesidades del pueblo. Todo eso se plantea de manera excelente en el trabajo de Tulio Halperin sobre el legado de la guerra en Hispanoamérica, donde afirma que el sector más beneficiado bajo estas circunstancias fue el del ejército, dejando fuera a la "élite criolla de las antiguas capitales de virreinato, presidencias y capitanías [...] del orden creado por la revolución de la independencia [del] lugar eminente que había esperado obtener cuando contribuyó a desencadenar el movimiento"⁴¹. Esto conllevó dos características básicas; por un lado, una lucha interna entre los militares por la hegemonía del poder, y por otro, el desplazamiento de los hombres que conocían con mayor amplitud la realidad social. Octavio Paz, señalamos antes, observa cómo los libertadores fueron los embriones de los dictadores que sólo se preocuparon por las necesidades políticas y militares.

Al eliminar a los pensadores de los grupos directivos, las posibilidades de un desarrollo armónico y de creación de condiciones mínimas de concordia y aunque algunos como Sarmiento tuvo la oportunidad en Argentina, ello no fue suficiente para consolidar un proyecto cultural en estas naciones. Al respecto Eduardo Galeano, con acento pesimista, aunque no por ello menos real, exclama que la América Latina:

⁴¹ Tulio Halperin. *Hispanoamérica después de la Independencia*, p. 82

[...] estaba rota de antemano por las deformaciones básicas del sistema colonial, [debido a la traición de los ideales bolivarianos] San Martín se despojó de las insignias de mando y Artigas, que llamaba americanos a sus soldados, se marchó a morir al solitario exilio del Paraguay: el Virreinato de la Plata se había partido en cuatro. Francisco Morazán, creador de la república federal de Centroamérica, murió fusilado, la cintura de América se fragmentó en cinco pedazos a los que se sumaría Panamá, desprendida de Colombia por Teddy Roosevelt."⁴².

Así, sin una forma de gobierno y con el triunfo de los militares sobre los caudillos culturales, y siguiendo con la observación de Galeano, Latinoamérica cada vez se resquebrajaba más alejando la imagen de la unidad entre sus naciones.

La intervención de los Estados Unidos en las políticas internas fue un factor decisivo, además que la bandera que enarboló su movimiento de expansión, no parecía por ningún lado establecer alguna frontera definitiva: La Doctrina Monroe y el *Destino Manifiesto* se convertirían en una pesadilla para el sueño latinoamericano.

Estados Unidos siete años después de su Independencia había duplicado su territorio, en 1803 compraron la Louisiana a Francia, siguió la Florida y Texas (1836), en 1848, después de la guerra con México, hicieron lo propio con Arizona, California, Nuevo México y Colorado, continuó Alaska, Hawaii, Puerto Rico, en fin, el peligro que representaban ya en ese momento era inminente, de ahí que la actitud que asumieron los intelectuales oscilara entre la admiración y la

⁴² Eduardo Galeano. *Las venas abiertas de América Latina*, p. 432-433

repulsión del sistema yanqui. La primera, por la potencia de su desarrollo democrático y la segunda por verla convertida en un modelo carente de prejuicios y llena de ambición. Los pensadores latinoamericanos, casi todos, optaron por la segunda, más aún, ser latinoamericano era ser diferente a ellos. Martí, Rodó, Fernández Retamar, Vasconcelos vieron como sospechosa a la cultura del norte. Ello no era para menos si revisamos las "ideas germinales de los norteamericanos de 1823 a la fecha.

La Doctrina Monroe y sus corolarios Polk y Roosevelt; la Conferencia de los Estados Americanos (1890); la Enmienda Platt (1904); la Política del Buen Vecino (1952); la Operación Panamericana (1958), o la Alianza para el Progreso (1961), donde nos enseñan, al igual en que en su Destino Manifiesto, toda una variedad de "amigable" intervención contra Latinoamérica⁴³.

La actitud norteamericana desde la tercera década del siglo pasado se convirtió en una amenaza para la libertad política, económica y geográfica de las naciones del continente. Recordemos su intervención en la independencia de Texas (1836); la guerra contra México (1846-48); las invasiones de William Walker en Nicaragua (1855-60); la intervención en la guerra Cuba-España (1898); su imposición en la construcción del Canal de Panamá (1903); sus decenas de intervenciones militares o de apoyo a las dictaduras del presente siglo.

⁴³ Se puede revisar el ensayo de Roberto Oliveira para una más detallada información sobre "Relaciones entre Estados Unidos y América Latina", en *América Latina, ¿evolución o explosión?*, p. 47-97

Sobre este punto Salvador Allende entre otros tiene un preciso trabajo⁴⁴.

Por otra parte, los ánimos de reconquista por españoles en 1830 y 1864, en México y Perú y Chile respectivamente, o imperialista como la de Maximiliano de Habsburgo en 1864, además de muchas otras manifestaciones violentas por parte de naciones que cifran sus empeños aún en estas tierras, han propiciado, *grasso modo*, un par de circunstancias negativas; primero, la inestabilidad política e instauración de gobiernos anticonstitucionales y segundo, un desarrollo económico deficiente que empobrece y hace dependiente a nuestra naciones, al tiempo que la miseria, el analfabetismo, la incultura, la violencia, el hambre, etcétera son ahora rasgos característicos de la franja que va del río Bravo hasta Tierra del Fuego: el triunfo de Caín es difícil objetarlo.

No caigamos en aquello que dijo Bolívar en uno de sus momentos de mayor decepción: "Si fuera posible para los pueblos volver al caos, los de la América Latina volverían a él".

⁴⁴ Salvador Allende en su Conferencia sobre "Nuestra América y alianza para el progreso", nos ofrece un exhaustivo panorama al respecto en *Salvador Allende, 1908-1973*, p. 333-392

LUZ EN LA CAVERNA

¡Oh inteligencia, soledad en llamas,
que todo lo concibe sin crearlo!

J. Gorostiza.

No poseer filósofos tal vez no parezca tan alarmante, y quizás no existen por el simple hecho de que no se requieren, pues toda sociedad genera en su interior las partes constitutivas necesarias. ¿Será por eso que Latinoamérica genera su propio modelo de intelectuales y pensadores? ¿O será porque aún tenemos luz en la caverna?

La palabra "intelectual" nace en el siglo XIII en inglés y Emil Zola la convierte de adjetivo a sustantivo en el siglo XIX: le da vida, y Gabriel Zaid lo define como "el escritor, artista o científico que opina en las cosas de interés público con autoridad moral entre las élites"⁴⁵.

En Latinoamérica hay pensadores desde que ésta existe, son una mezcla de filósofos o intelectuales, sin ser ninguna de los dos en sentido estricto. Kolakowski cree que los "intelectuales anhelan convertirse en pensadores o filósofos"⁴⁶ y éste no es el caso nuestro porque nuestros intelectuales son pensadores, como parte de la naturaleza americana. En su artículo al respecto, Zaid por cierto trata de demostrar que éstos no se generan en México, y análogamente tampoco en América Latina. Desconocemos sus inquietudes pero

⁴⁵ Gabriel Zaid. "Intelectuales", en *Vuelta*, n. 68, 1990, p. 21

⁴⁶ Leszek Kolakowski, *et al.* "El destino de los intelectuales", en *Vuelta*, n. 123., 1987, p. 34

consideramos su posición como un *absurdum*, en el sentido de que si enfrentamos su tesis con respecto a lo dicho por Gabriel Careaga, en su antología sobre *Intelectuales, poder y revolución*, donde asevera que "El escritor, el hombre de ideas, el intelectual, siempre se ha visto como un ser heroico, un agente del cambio, [y] es además, el que da las imágenes y los modelos a una sociedad que debería ser racional y humana"⁴⁷, ¿pensará Zaid que estas cualidades no existen en Latinoamérica?

Veamos la perspectiva desde Antonio Gramsci --perdón por la intrusión del pensador italiano, pero su espíritu latino no nos es tan lejano.

El italiano afirma, contra lo que Zaid piensa, que "no hay actividad humana de la que pueda excluirse toda intervención intelectual: no se puede separar al *homo faber* del *homo sapiens*. Al cabo, todo hombre, fuera de su profesión, despliega alguna actividad intelectual, es un filósofo, un artista, un hombre de buen gusto, participa de una concepción del mundo, tiene una línea consciente de conducta moral y contribuye, por tanto, a sostener o a modificar una concepción del mundo, o sea suscitar nuevos modos de pensar"⁴⁸.

Después de leer esta definición se descubre enseguida el porqué los teóricos de la intelectualidad latinoamericana acuden a Gramsci frecuentemente, pues sus conceptos parecen ir dirigidos a la historia del pensamiento generado en estas latitudes.

⁴⁷ Gabriel Careaga. *Intelectuales, poder y revolución*, p. 14

⁴⁸ Antonio Gramsci. *Antología*, p. 392

De la clasificación sobre las funciones del intelectual que muestra Juan F. Marsal⁴⁹ tomo su primer acepción por corresponder a los latinoamericanos.

La "creación de conciencia" se percibe ya con claridad desde Bolívar, Bilbao, Martí, Fernández Retamar o Ramos, entre otros, que saben que sólo logrando una plena concientización de nuestras necesidades y problemas se podrá configurar un pensamiento original y, como decía Martí, latinoamericano. Este último, asegura Salvador Morales, en su producción intelectual se dedicó "por más de dos décadas a acumular una cultura política suficiente para encarar en la práctica los problemas de Hispanoamérica"⁵⁰.

En el continente la búsqueda de la continuidad cultural es el verdadero paradigma del intelectual latinoamericano. La explicación del ser que desde Bolívar se plantea y ya más estructuradas sus posibles resoluciones se manifiestan en la obra de Ramos, Uranga, Paz, pero sobre todo con mayor profundidad filosófica en Leopoldo Zea, quien, sin lugar a dudas, es el recolector más fecundo de la tradición sobre la interpretación de nuestro ser y conciencia como latinoamericanos⁵¹.

La participación de las esferas universitarias mucho ha contribuido al desarrollo del pensador e intelectual, no olvidemos que desde la llegada de los españoles la creación de universidades fue

⁴⁹ Juan F. Marsal. *Los intelectuales políticos*, p. 15

⁵⁰ Salvador Morales. "El ensayo revolucionario: José Martí", en *El ensayo en nuestra América*, p. 337

⁵¹ Al respecto pueden revisarse *El perfil del mexicano y la cultura en México*, de Ramos, *El laberinto de la soledad*, de Paz --análisis que en mucho puede aplicarse a toda América Latina-- o la extensa obra de Zea, *Filosofía de la historia americana*, *El sentido de la difusión cultural en latinoamérica*, *Discurso desde la marginación y la barbarie*, etcétera.

determinante: humanistas como Zumárraga siguen vigentes en los discursos de Vasconcelos, Henríquez Ureña, Zald o Caso.

La evolución intelectual de Santo Domingo ha seguido la misma marcha que la del resto de América: periodo de sometimiento a la tradición clásica y religiosa en la época colonial; periodo de indecisión, durante la independencia, en la cual se sigue consciente o inconscientemente el ejemplo de España; periodo de aparente estabilidad, en que se realiza un acuerdo entre la tradición y las influencias liberales y románticas; periodo de lucha por las nuevas ideas [...].⁵²

Tales ideas, desde Rodó, Vasconcelos y Caso siguen vivas en nuestra tradición, que lleva involucrada "el principal papel de los intelectuales dentro de la sociedad que les ha tocado vivir, es el de los críticos"⁵³, críticos de la sociedad y forjadores de la comunidad latinoamericana.

El intelectual latinoamericano ha cuestionado, con base en la crítica, desde las injusticias españolas durante la Colonia, la independencia continental, los regímenes autoritarios, las intervenciones extranjeras, el peronismo argentino, la posición priista en México, la Cuba de Fidel Castro, los fallos del "milagro brasileño" o la guerra fratricida entre los pueblos americanos, siempre buscando involucrar en el más estricto sentido la explicación de nuestra naturaleza reafirmando la continua búsqueda de las raíces de la cultura y sobre todo el filosofar sobre la conciencia americana.

⁵² Pedro Henríquez Ureña. *Obra Crítica*, p. 83

⁵³ Frank Tannenbaum. *Interpretación de Latinoamérica*, p. 127

En 1985, Leopoldo Zea manifestó que desde los mismos forjadores de la Independencia existió la preocupación por generar universidades que impulsaran la creación de los hombres que habrían de garantizar nuestra libertad y justicia, con la característica de que en estas tierras los pensadores desde que se involucran en su trabajo intelectual se percatan casi enseguida de la necesidad de "elaborar un filosofar que permita a los hombres y pueblos de esta América el obligado respeto a sus ineludibles particularidades [...] a partir de su propia realidad [para] deslindar la identidad propia y a partir de esta identidad comprender y hacerse comprender por otros pueblos y hombres"⁵⁴.

El mismo Zea afirma, que el ideal de todo intelectual es la creación de una "nación moderna a la altura de las grandes naciones que habían hecho su aparición en el siglo XIX"⁵⁵.

Para ello se requería la unificación entre las naciones americanas, sin que ésta significara "renuncia a los sabores individuales de las cosas [...] sólo significa una circulación mejor de la vida dentro de la vida"⁵⁶.

El ideal bolivariano es la bandera más amplia que circula entre los pensadores americanos, pero desde cada región del continente posee un sabor y estilo propios, por ejemplo, en Vasconcelos, que su obra se caracteriza por una búsqueda para descubrir los grandes enigmas de nuestros pueblos a través de la unificación de pensamiento con sentimientos y voluntad, mientras que Mariátegui lo busca desde el

⁵⁴ Zea. "Discurso de recepción del doctorado *Honoris Causa* por la Universidad de Lomonosov de Moscú", en *Latinoamérica. Anuario de Estudios Latinoamericanos*, n. 18, noviembre 5, 1985, p. 303

⁵⁵ _____. *Del liberalismo a la revolución en la educación mexicana*, p. 10

⁵⁶ Antonio Caso. "Atenea política", en *Universidad, política y pueblo*, p. 73

discurso marxista o González Prada a través de la ética y la sociología, en los tres casos respetando los diversos contextos el objetivo central es el mismo: el indígena.

"Indología", "Siete ensayos en busca de nuestra expresión" y "Nuestros indios", son obras de los intelectuales antes mencionados, y en todas ellas se manifiesta una particular preocupación y posición sobre la marginación de la vida indígena y aunque es tratado desde diversos ángulos, las posibles soluciones para la superación del problema se encaminan en la misma dirección: el reconocimiento. Sin embargo, consideramos que esta discusión por alejarnos del tema no ahondaremos más en él. A nuestro parecer, los verdaderos indígenas pertenecen, antes que a su país o al continente, a su etnia: los quechuas son quechuas y los tzoltziles tzoltziles.

Otro rasgo de nuestros intelectuales es el libre transitar a lo largo y ancho del continente sin perder jamás la preocupación por la situación social del hombre, por lo que sin importar el país en que se encuentren su lucha es siempre por el mismo ideal.

Simón Bolívar y San Martín liberaron por igual a Bolivia, Argentina, el Ecuador o Perú, sin reparo en la nacionalidad; Eugenio de Hostos, enseñó con igual ahínco en Puerto Rico, Venezuela y Chile o formó parte del Partido Revolucionario en Cuba; Pedro Henríquez Ureña sembró movimientos intelectuales en Argentina o en México junto con Reyes y Vasconcelos el *Ateneo de la Juventud*, siendo él dominicano; Sarmiento se preocupó con igual fortaleza por Chile, Argentina o Uruguay; el Che Guevara, también argentino, combatió por igual en Cuba o en Bolivia;

Cortázar aun residiendo en Europa, colaboró con los gobiernos de Cuba y Nicaragua; en fin, cada pensador americano siempre pensó en el continente y sufrió en su reflexión por él. Exacta para todos estos hombres, sería la máxima que expresó Rodó en alusión a un pensador americano: "sólo han sido grandes en América aquellos que han desenvuelto, por la palabra o por la acción, un sentimiento americano"⁵⁷.

⁵⁷ Antonio Castro Leal. *Repasos y defensas*, p. 373

NUESTROS DÍAS

SIGLO XX

LAS IDEAS Y LA CIENCIA

Gentes de pluma y de palabra,
exiliados de dentro y fuera.

Julio Cortázar.

La sociología, al igual que la filosofía, sigue a la espera del hombre que genere entre la raza latinoamericana un *corpus* científico capaz de establecer los paradigmas suficientes que nos conduzcan a una visión más amplia y certera de los objetivos como sociedad, de las 22 naciones constitutivas de América Latina.

Pablo González Casanova en su artículo sobre "Las ciencias sociales en América Latina"⁵⁸, señala que no es sino hasta 1963 cuando se puede plantear una verdadera "sociología científica" y atribuye en gran parte a la ayuda brindada por el sociólogo Wright Mills, quien en contra de sus colegas norteamericanos Talcott Parson y Merton, quienes durante un par de decenios eran los dueños y señores de los paradigmas neopositivistas y estructuralistas que intentaban explicar la situación americana. Muy importante también resultó la Revolución cubana (1959) en el nacimiento de la nueva vertiente sociológica.

Para intentar comprender esto debemos atender algunas premisas indispensables sobre la generación de ideas al respecto.

⁵⁸ González Casanova. "Las ciencias sociales en América latina", en *Revista Mexicana de Ciencias Política y Sociales*, n. 117-118, p. 9-21

En el devenir del pensamiento americano surgió de manera inevitable el florecimiento de las ciencias sociales, como un modelo atractivo para la organización y sistematización de las ideas.

Como ya hemos visto, Latinoamérica emerge al mundo moderno en el siglo XIX, bastante tarde como diría Reyes. Se debe considerar que aunque no se puede equiparar nuestra historia cultural con los europeos, al aparecer durante ese siglo la sociología su llegada al continente fue muy rápida, además que aparece en el momento en que "nuestra América" se debate por hallar sentido a su existencia: la nascente ciencia se presenta *ad hoc* para servir de instrumento conductor del pensamiento vigente.

Si quisiéramos insertar las teorías sociológicas dentro de las etapas del pensamiento latinoamericano se dividiría de la siguiente manera:

a) Etapa presociológica, que parte de 1808 y tiene como característica básica el espíritu emancipador y la reflexión ontológica de América, además de que por coincidir con el movimiento romántico se ve influido por él.

b) Etapa histórica del pensamiento social y que inserta la aparición del positivismo y podemos ubicarlo durante las dos últimas décadas del siglo pasado y la mitad del presente (1880-1930); dentro de este periodo puede considerarse a la implantación del marxismo en América Latina sobre todo después de los años veinte.

c) Etapa de la "sociología científica", que se ubica desde mediados de siglo a principios de los años sesenta, "en que a

partir de una confrontación con el 'imperialismo académico' de los anglosajones los académicos latinos que se habían formado en la universidades norteamericanas emprendieron la creación de una sociología "latinoamericana"⁵⁹.

d) Finalmente, la etapa de la teoría de la dependencia, que abarca desde los años sesenta y setenta hasta la situación actual que atraviesa Latinoamérica.

Desde que América se liberó de los países colonialistas, existieron hombres librepensadores que fueron capaces de revisar y analizar los problemas existentes en el continente y en sus propios países trataron de encontrar una identidad nacional que correspondiera a su realidad. Destacan figuras, como señala Ignacio Sotelo, que tenían los objetivos de "desespañolizar América [para] integrarse a la *civilización* y el *progreso*"⁶⁰, sin descuidar la concepción que guardaban fray Servando o Simón Rodríguez sobre la idea ficticia de que imitando a Estados Unidos los problemas se resolverían o como adaptaban la importación de ideas europeas que las más de las veces se hallaban muy lejanas de nuestra realidad. Juan Bautista Alberdi, Domingo F. Sarmiento, Francisco de Bilbao, José María Luis Mora, Miguel Samper, Ponciano Arriaga o Ignacio Ramírez, entre otros.

⁵⁹ Raymond Carr. "La invención de América Latina", en *La Jornada Semanal*, diciembre 3, 1987, p. 27

⁶⁰ Ignacio Sotelo. *América Latina: un ensayo de interpretación*, p. 32-33

No obstante muchos errores que existían en sus pensamientos, estos pensadores tenían bastante claros los siguientes principios en sus ensayos:

- 1) Tratan de conocer la realidad social de sus países, en busca de los elementos que los conduzcan hacia una identidad nacional.
- 2) Poseen gran preocupación por la forma estética en la que ponen un énfasis literario que hacen ver en sus obras como literatura social.
- 3) Sus obras se pueden ubicar en el terreno de lo filosófico social o metafísico con preocupaciones literarias.

"Hacia las décadas finales del siglo todo en favor de la inteligencia hispanoamericana se ha de volcar hacia otra doctrina o más bien complejo de doctrinas, formado por la filosofía que en Francia ha bautizado August Comte con el nombre de positiva⁶¹, instalándose casi enseguida en la enseñanza universitaria de varios países, muy ligada además a las facultades de Derecho y Filosofía.

Eugenio María de Hostos y Gabino Barrera son los precursores del positivismo en América. Cumplieron la doble tarea de "organizar ideológicamente las democracias nacionales sobre la base de un orden nacional y moderno [y] proveer a los americanos de un sistema de ideas y costumbres que superan las formas sociales y psicológicas del medioevo, subsistentes aún"⁶².

⁶¹ Augusto Salazar Bondy. "Sentido y problema del pensamiento filosófico hispanoamericano", en Zea, *op. cit.*, v. I, p. 199

⁶² Victor Massuh. "Hostos y el positivismo hispanoamericano", en Zea, *op. cit.*, v. III, p. 215

No obstante muchos errores que existían en sus pensamientos, estos pensadores tenían bastante claros los siguientes principios en sus ensayos:

- 1) Tratan de conocer la realidad social de sus países, en busca de los elementos que los conduzcan hacia una identidad nacional.
- 2) Poseen gran preocupación por la forma estética en la que ponen un énfasis literario que hacen ver en sus obras como literatura social.
- 3) Sus obras se pueden ubicar en el terreno de lo filosófico social o metafísico con preocupaciones literarias.

"Hacia las décadas finales del siglo todo en favor de la inteligencia hispanoamericana se ha de volcar hacia otra doctrina o más bien complejo de doctrinas, formado por la filosofía que en Francia ha bautizado August Comte con el nombre de positiva"⁶¹, instalándose casi enseguida en la enseñanza universitaria de varios países, muy ligada además a las facultades de Derecho y Filosofía.

Eugenio María de Hostos y Gabino Barreda son los precursores del positivismo en América. Cumplieron la doble tarea de "organizar ideológicamente las democracias nacionales sobre la base de un orden nacional y moderno [y] proveer a los americanos de un sistema de ideas y costumbres que superan las formas sociales y psicológicas del medioevo, subsistentes aún"⁶².

⁶¹ Augusto Salazar Bondy. "Sentido y problema del pensamiento filosófico hispanoamericano", en Zea, *op. cit.*, v. I, p. 199

⁶² Victor Massuh. "Hostos y el positivismo hispanoamericano", en Zea, *op. cit.*, v. III, p. 215

Puede decirse que entre ambos educaron a la siguiente generación que conformaban hombres como Sarmiento, Caso, Alberdi, Sierra, Vasconcelos o incluso Henríquez Ureña, aunque muchos de estos mismos pensadores posteriormente fueron criticados duramente, como indica Zea, por la confusión que generó, por ejemplo, el positivismo en su relación con el porfiriato. No obstante ello, es justamente con trabajos de Caso, Vasconcelos o Henríquez Ureña como tenemos un mayor conocimiento de la obra positivista⁶³.

Latinoamérica, convulsionada por dictaduras durante el siglo XIX y los nuevos imperialismos que impedían un desarrollo verdadero, propició la búsqueda de fórmulas que auxiliaran este fin. Con la ideología marxista en el mundo occidental se presentaba una posible solución. Los primeros y más destacados seguidores de esta doctrina son Julio Antonio Mella en Cuba, José Carlos Mariátegui en Perú y Aníbal Ponce en Argentina, extendiéndose más tarde hacia los demás países, destacando así Vicente Lombardo Toledano en México, Ernesto Che Guevara en ¿Argentina, Cuba o Bolivia?, Camilo Torres, Augusto César Sandino o Roque Dalton, de Colombia, Nicaragua y El Salvador, respectivamente.

El marxismo es indisoluble a la formulación revolucionaria, pero es importante señalar que más que una visión ortodoxa se varió la posibilidad teórica con sentidos y direcciones ante el exotismo latinoamericano que conducen las ideas de Marx desde una posición

⁶³ Véanse las conferencias del Ateneo: "La filosofía moral de don Eugenio María de Hostos", por Antonio Caso, "Gabino Barreda y las ideas contemporáneas", por José Vasconcelos, o los ensayos "Pasado inmediato", de Alfonso Reyes y "La sociología de Hostos", por Pedro Henríquez Ureña.

indigenista como se refleja en las obras de Manuel González Prada --sin ser estrictamente marxista-- y José Carlos Mariátegui, que pudieran entenderse como la emancipación étnica, enriqueciendo así el planteamiento original; el sindicalismo inserto en un socialismo popular de Lombardo Toledano o la presentación de las ideas de la teología de la liberación encabezada por Camilo Torres, son algunas de las muchas facetas que adoptó el marxismo en Latinoamérica.

Revisemos ahora el desarrollo del marxismo más detenidamente.

Tres periodos pueden señalarse:

- a) *Periodo revolucionario*, comprendido entre 1920 y 1935, cuya representación queda a cargo de Mariátegui y la insurrección salvadoreña en 1932. En éste, los marxistas tienden a caracterizar la revolución latinoamericana como socialista y anticolonialista.
- b) *Periodo stalinista*, que va de mediados de los años treinta hasta 1959, en que predomina la interpretación soviética del marxismo y también la doctrina de Stalin sobre la revolución por etapas, definiendo a Latinoamérica como una comarca con necesidades y problemas propios.
- c) *Periodo nuevo revolucionario*, caracterizado por el triunfo de la Revolución cubana.

Primeramente, Löwy marca dos problemas a los que se enfrentó el marxismo: el exotismo indoamericano y el europeísmo. El primero tiende a absolutizar la especificidad de América Latina, tanto en su cultura, su historia o su estructura social. Esto se observa claramente en

la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), que bajo la dirección de Haya de la Torre trató de adaptar el marxismo a la realidad del continente, para más tarde superarlo en provecho de un populismo *sui generis* y ecléctico. Pero la doctrina de APRA se sitúa esencialmente fuera del terreno del marxismo, y el exotismo nunca fue una corriente hegemónica en el pensamiento ni pudo influir en tal o cual autor o grupo político.

Pero en lo que se refiere al europeísmo, esto fue causa de serios estragos al pensamiento latinoamericano. Este concepto designa a la concepción que se limita a trasplantar mecánicamente a América Latina los modelos de desarrollo económico y social de Europa en su evolución histórica hasta el siglo XIX. Concepción que no dio, como se podrá ver, resultados óptimos, pues se hallaba inspirada en gran medida por la visión de Stalin en torno a la revolución y entonces en Latinoamérica no podía darse la fase revolucionaria sin antes haber alcanzado una etapa histórica democrática y antifeudal, recordemos que Revueltas cuestionó las tesis marxistas de Lenin en su aplicación a la realidad americana y no olvida "aquellos años en que los comunistas del mundo entero hubimos de aceptar, con la cabeza baja y llenos de vergüenza, las transgresiones más burdas, más irritantes y ofensivas de los principios del marxismo-leninismo"⁶⁴, y en la misma tesitura la posición de Mariátegui dice: "profesamos abiertamente el concepto de que nos toca crear el socialismo indoamericano, de que nada es tan absurdo

⁶⁴ José Revueltas. "La crítica está en marcha y ya nadie podrá detenerla", en *Escritos políticos*, p. 131

como el copiar literalmente fórmulas europeas, de que nuestra praxis debe corresponder a la realidad que tenemos por delante⁶⁵.

En el mismo sentido, hubo varios teóricos que pensaban que Latinoamérica estaba en una etapa feudal en su propia versión y distante de la europea. Cabe citar entre otros a Bagú, Segall, Prado Junlar y Gunder Frank, en franca oposición a esta manera de contemplar a América Latina.

Löwy, antes de iniciar el bosquejo planteado, se detiene a comentar otra discusión acerca de la dependencia y retoma al pensamiento de Mariátegui para tratar de resolverlo; sólo se podrá acabar con la dominación semicolonial vía el socialismo y éste se debe configurar con principios acordes con nuestra realidad.

El marxismo comienza a difundirse en América Latina a finales del siglo pasado y se presenta primeramente en una ala moderada representada por Busto y su Partido Socialista Argentino y una ala revolucionaria encabezada por Recabarren y su Partido Socialista Obrero en Chile.

Los partidos comunistas, sin embargo, no surgen sino hasta los años veinte con algunos partidos internacionalistas y otros anarquistas o anarcosindicalistas, en este sentido la Revolución rusa cobró gran influencia en el movimiento obrero y la inteligencia latinoamericana.

Con Mella toma el marxismo una clara postura antilyanqui y otra nacionalista, mientras que con Mariátegui adquiere una serie de matices de carácter filosófico y ético-social, dándole, además, al

⁶⁵ José Carlos Mariátegui. "Carta colectiva del Grupo de Lima", en *Nuestra América*, p. 12

análisis del desarrollo histórico, riqueza a través del estudio de las leyes naturales en su explicación.

Uno de los postulados claves que tiene es que la revolución sólo puede ser una revolución socialista, que incluya objetivos agrarios y antilimperialistas, agregando que, en el continente sometido a la dominación de los imperios ya no hay lugar para un capitalismo independiente: la burguesía local llegó demasiado tarde al escenario de la historia.

Codovilla, por su parte, era de los partidarios de las etapas previas a la revolución y creía que primero se tenía que alcanzar una revolución democrática-burguesa. Mientras que en El Salvador con Farabundo Martí a la cabeza se dio la única insurrección con un partido comunista al frente en 1932, aunque ésta haya sido conjurada brutalmente con el fusilamiento de los cabecillos. En este levantamiento se buscaba "la destrucción total del imperialismo y de la burguesía nacional". Así desfilaron una serie de nombres de individuos que de una u otra manera intentaban con su lucha imponer sus doctrinas y --aunque no lo consiguieron-- fueron conquistando algunos espacios para la ulterior lucha, ya que se considera que después de Mella y Mariátegui se produjo un vacío en la producción intelectual durante algunas décadas. En el siguiente período --el stalinista-- resaltará el browderismo, que es el encargado de tomar, por ejemplo, el curso de la Revolución rusa como la política por la que se deben conducir las luchas latinoamericanas, mismo que se podrá apreciar en las acciones del Partido Comunista Argentino frente al peronismo, pero este movimiento

es muy restringido debido a la escasa o nula participación de los sectores más progresistas y donde finalmente los comunistas serán acusados, pese a la colaboración obrera con el gobierno de Perón, de una supuesta colaboración con los militares y los grupos más conservadores, para de esta manera mermar su fuerza. Esto se da de manera similar en Bolivia y Brasil.

Es aproximadamente por esta época en que aparece como oposición la izquierda comunista y el trotskismo en Brasil primero y después en Chile, y es también una época en que se maneja a los partidos comunistas como agentes del fascismo y provocadores, dividiendo así en varios países a los grupos de comunistas, aprovechando por otra parte los desacuerdos internos, por ejemplo los trotskistas.

Después de la Segunda Guerra Mundial, con la *guerra fría* aumentaron las hostilidades para con los partidos comunistas no sólo de Latinoamérica sino del mundo entero. Los partidos comunistas serán entonces declarados fuera de la ley, teniendo entonces que actuar desde la clandestinidad, dándose esto lo mismo en México que en Cuba o Chile. Por otra parte, los partidos comunistas tuvieron que enfrentarse a sangrientas represiones policíacas o militares en todo el continente.

En 1959 llega el triunfo del pueblo cubano a darle bríos a las luchas de los partidos comunistas, pues por fin es derrotado Batista, uno de los tantos tiranos que existían en ese entonces en América Latina, demostrando que no era del todo infructuoso el levantamiento del partido contra el gobierno, incluyendo además una alternativa que

daba validez a la búsqueda de la democracia, así como a la posibilidad de realización del "hombre nuevo" proclamado por el *Che Guevara*⁶⁶, surgido de la propia expresión del pueblo americano.

A raíz de hechos como el mencionado aparecen líderes como Fidel Castro y el *Che Guevara*, mismos que al llegar al poder, toman una serie de medidas que sirven para demostrar que las burguesías nacionales, realmente, no ayudan en nada a las acciones nacionalistas y que en cambio son clases incondicionales al imperialismo operante y es por eso que hay que combatirlos con la misma fuerza que al imperialismo. También se comprende que es la lucha armada una condición necesaria para la implantación del socialismo, pues la victoria del proletariado lleva implícita la destrucción del ejército burgués. A lo anterior debemos agregar la importancia que reviste la participación del pueblo para alcanzar la victoria.

En 1953, con la muerte de Stalin se abrieron nuevos cauces para los partidos comunistas en Latinoamérica.

En 1967 en Cuba se lleva a cabo el congreso de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), que proclama como grandiosa la idea de poder consolidar en Latinoamérica un proceso revolucionario, planteado desde los tiempos de Bolívar y la unidad del contenido democrático y socialista del proceso revolucionario en Latinoamérica.

Todo esto traerá, por otro lado, un enriquecimiento en la producción teórica marxista, entre los que destacan Héctor Aguilar Camín, Roger Bartra, Arnaldo Córdova, Adolfo Gilly, Pablo González Casanova,

⁶⁶ Ernesto *Che Guevara*. "El hombre nuevo", en *Zea, op. cit.*, v. I, p. 321

Octavio Ianni, Marcos Kaplan, Enrique Semo, Fernández Retamar, etcétera, que tienen ubicada su problemática en torno a ejes de rechazo sobre las doctrinas de un feudalismo latinoamericano y características de la economía colonial del pasado; crítica del concepto de la burguesía nacional progresistas y la perspectiva de un posible desarrollo capitalista independiente; análisis del fracaso ante las experiencias populistas como resultado de la propia naturaleza de las formaciones sociales latinoamericanas; descubrimiento del origen sobre el atraso económico; imposibilidad de una vía democrática nacional y una necesaria revolución socialista en América Latina, que conduzca hacia una verdadera liberación del hombre latinoamericano como antítesis al mundo imperialista.

Frente al imperialismo norteamericano que venía como un eco bolívariano y que desde el cubano Martí se planteó como una característica definitiva de nuestros pueblos, Julio Antonio Mella afirma que la dominación imperialista es ejercida mediante el control de los propios gobiernos nacionales siempre con el afán de poder disponer de los recursos de las naciones latinoamericanas y que concretamente es Estados Unidos quien los mueve como si fueran títeres a los mandatarios de los países latinoamericanos. Por otra parte, creemos que es esta es la manera en que han venido funcionando los países imperialistas con la misión de ensanchar sus fronteras económicas y por eso dice Mella que "Tú eres de la patria de los yanquis omnipotentes. Pero nada te salvó [...] Sólo son ciudadanos de los Estados Unidos de América los grandes ricos, esos que cuando llegan a Cuba como

conquistadores y dictan órdenes al Gobierno Nacional, por medio del embajador, para proteger sus intereses [...]"⁶⁷. O cuando le grita al tirano "¡Pobre ignorante juguete de las ciegas fuerzas de la historia!" O cuando menciona "Tú eres la mejor Enmienda Platt, la mejor protección de los intereses imperialistas [...]"⁶⁸.

De lo anterior desprendemos la concepción de la Soberanía Nacional, la que --creemos-- no existe en este tipo de países en los que los intereses extranjeros están por encima de los nacionales, pues los gobernantes se ven obligados, en aras de una "estabilidad política" a supeditar sus proyectos a las naciones imperialistas a costa de soslayar su misión, que es la de salvaguardar el bienestar de sus gobernados. Al respecto existe la interesante réplica que Revueltas⁶⁸ hace a Germán Arciniegas acerca de que no existe ninguna posibilidad de establecer algún vínculo sin exponer la soberanía de las naciones latinoamericanas.

Revisemos ahora las bases de la autodenominada "sociología científica" que tendrá un doble camino hacia la interpretación de la realidad económico-político-social de Latinoamérica que son las teorías del desarrollo y de la dependencia y que por la naturaleza de la exposición más dirigidas hacia los análisis sobre estructuras de poder y sobre todo de la economía, antes que dirigir sus análisis hacia los

⁶⁷ Julio Antonio Mella. "La guerra de clases en Cuba", en *El marxismo en América Latina*, p. 89-94

⁶⁸ Revueltas. "Idea y momento de la revolución socialista en Cuba", donde replica el artículo "Ecos: punta del Este", de Germán Arciniegas, en *Escritos políticos*, p. 155

procesos de mentalidad americanista nos impide tocar con mayor profundidad el tema..

La sociología latinoamericana desde su propia configuración descarta la posibilidad de que sus planteamientos no sean científicos apoyados en una teoría social, y es claro que al imposibilitar esa vía de acceso e inclinarse hacia las corrientes norteamericanas estructuralistas y funcionalistas así como sus vertientes "micro"⁶⁹, no es posible —al menos en este trabajo— sacar conclusiones acerca del "ser" y la "americanidad" o algún principio sobre la posición de Latinoamérica frente a su naturaleza.

Por otra parte, no es del todo desconocido que las teorías del desarrollo o de la dependencia no tuvieron el éxito esperado, pues desde su implantación con base en las vertientes "populistas" y "nacionalistas" de dictaduras militares se observaban destinadas al fracaso.

⁶⁹ Las tesis microfuncionalistas, microestructuralistas o aquellas dirigidas hacia una exhaustiva especialización son las que mayor éxito han tenido dentro de la teoría sociológica.

LOS VISIONARIOS

Inventa mundo nuevos y cuida tu palabra.

V. Huidobro.

América, desde su aparición, ha sido motivo de los visionarios, que imaginaron en ella la posible creación de un mundo ideal. Desde la *Utopía*, de Moro, la *Hegiapolis*, de Campanella o el *Novum organum*, de Bacon, la idealización planteó un itinerario creando así Eldorado, El nuevo edén, Jauja o La tierra de la promisión o, más aún concretando verdaderas obras utópicas en Michoacán con Vasco de Quiroga o las reducciones jesuitas en Paraguay; "o si bien Bolívar no escribió una utopía al estilo de Moro, laboró incansablemente en una utopía mucho más maravillosa y deseable: la unidad de nuestra América"⁷⁰, señuelo y guía de las utopías americanas, donde desde el siglo XIX se remarca su contenido político y su ubicación como una propuesta real.

Roa Bastos sabe que las utopías forman inevitablemente parte de la condición humana, de su universo mental y espiritual en busca de sus obsesiones centrales, por lo que es algo indisoluble de la realidad americana. Silva Herzog expresa que "puede en el futuro dejar de serlo, consiste en construir una sociedad nueva con individuos distintos a los de ayer y hoy en cuanto su personalidad interna"⁷¹. En es este sentido como piensan Rodó y Vasconcelos.

⁷⁰ Horacio Cerutti. "Itinerarios de la utopía en nuestra América", en *Nuestra América*, n. 12, sep-dic 1984, México, UNAM, p. 20

⁷¹ Jesús Silva Herzog. "Meditaciones sobre México", en *El ensayo mexicano contemporáneo*, p. 392

La utopía en América busca un rasgo básico en el continente: la afirmación del hombre en busca de la universalidad de nuestras expresiones, cifrada casi siempre en condiciones reales de la sociedad. Shakespeare nos ha dado muchos símbolos para interpretar nuestra realidad. La usurpación del poder en *Macbeth*: nuestros tiranos, Hamlet que se cuestiona el ser o no ser; el colonizador: Próspero, pero entre ellos resaltan Ariel y Calibán como dos símbolos que representan la posibilidad de crear una verdadera conciencia americana, como respuesta, por ejemplo, del supuesto "bobarismo" que Caso descubre en la aparición del ser, los símbolos de Rodó y Fernández Retamar son un par de portentos idealistas no sólo de América sino del pensamiento universal.

Ambos perciben a Estados Unidos como el enemigo a vencer, el colonizador que ama denunciar siempre, Ariel "la parte noble y alada del espíritu. Ariel es el Imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad [...]"⁷² será la encargada de crear "una generación humana para llevar en América las condiciones de la vida intelectual, desde la incipiente que tenemos ahora, a la categoría de un verdadero interés social y una cumbre que de veras domine"⁷³, sin el americanismo pragmático y utilitario; por su parte, Calibán, que más que contraponerse a Ariel lo completa y rebasa. Es decir, en Calibán no sólo existe el desconocimiento tácito de Próspero que en Ariel no se

⁷² José Enrique Rodó. *Ariel*, p. 23

⁷³ *Ibid.*, p. 93

ESTA TESIS NO DEBE
SALAR DE LA BIBLIOTECA

da, sino que le propone a Friel unirse "en su lucha por la verdadera libertad"⁷⁴.

Los dos planteamientos si bien separados ideológicamente, Rodó proviene de la vena positiva y romántica del siglo XIX, mientras Fernández Retamar del marxismo y de Gramsci, además de que la Revolución cubana los separa. No obstante ello, la unidad de ambas obras recae en la propuesta de crear una nueva visión y concepción de América, donde en ninguno de los dos casos se plantea más frontera que las mismas que imponga el colonizador ya sea cultural o política.

A diferencia de ambos, aparece *La raza cósmica* de Vasconcelos, donde propone no sólo una conformación latinoamericana intelectual, sino que agrega el elemento étnico, pues la propia evolución de las cuatro razas anteriores "han puesto las bases materiales y morales para la unión de todos los hombres en una quinta raza universal, fruto de las anteriores y superación de todo el pasado"⁷⁵.

En cambio, a semejanza de las anteriores, el anglosajón es el enemigo. Un rasgo común entre Vasconcelos y Rodó y que por cierto en Calibán es manifiesto, es la tradición española que se advierte, el modelo y la sangre española perviven, pero esto no es de su exclusividad pues durante todo el siglo XIX y aun parte del actual, no se ha roto ese paradigma, el problema radica en como asimilario, si como un acto de dependencia o como un rasgo de igualdad, me explico, Reyes planteaba que América no es menos que Europa, es igual, tenemos que

⁷⁴ Roberto Fernández Retamar. *Calibán*, p. 132

⁷⁵ José Vasconcelos. *La raza cósmica*, p. 14

aceptar el diálogo sólo en condiciones de igualdad, es decir, internacionalistas: "Hace tiempo que entre España y nosotros existe un sentimiento de nivelación e igualdad [...] reconocemos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituareis a contar con nosotros"⁷⁶.

José Martí, Andrés Bello, son de esta estirpe. El primero es de los visionarios que reconocían la necesidad de forjar un nuevo espíritu que "con el genio de la moderación por la armonía serena de la naturaleza, en el continente de la luz, y por el influjo de la lectura crítica [...] le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real"⁷⁷.

Andrés Bello, "el primer humanista de América", como lo llamó Pedro Grases, es sin lugar a dudas no sólo el educador continental, sino en gran medida un forjador de nuestra autonomía cultural, pues con su legendaria *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* se afirmaba aquel enunciado sobre la importancia de la lengua en toda nación que se jactara de tal nombre. El uso del idioma castellano ya no era solamente de los españoles sino que con mucha dignidad del pueblo iberoamericano.

Al respecto recuerda José Luis Martínez que Henríquez Ureña apuntó: "El deseo de independencia intelectual que se hace explícito por primera vez [fue] la *Alocución a la poesía*"⁷⁸ de ese hombre nos liberó en cierta manera de la atribulación de repeticiones e influencias europeas de que éramos presa. Además de resaltar la importancia que revistió

⁷⁶ Reyes. *Op. cit.*, p. 90

⁷⁷ Martí. *Op. cit.*, p. 210

⁷⁸ Martínez. *Unidad y diversidad*, p. 94

regular el idioma en el continente con la noble esperanza que nuestras naciones e instituciones "formaran con el tiempo un cuerpo respetable, que equilibre la política europea y que, por el aumento de riqueza y población y por todos los bienes sociales que deben gozar a la sombra de sus leyes, den también, con el ejemplo, distinto curso de los principios gubernativos del contiguo continente"⁷⁹ sin pasar por alto las cadenas existentes aún durante la época que le tocó vivir. El valor de su obra radica no sólo en su brillantez como artífice de la autonomía americana sino en la forma como asimila y se homologa a los hechos e ideales de Bolívar, Hidalgo, O'Higgins o San Martín. Más aún, podría convivir con Martí o Alfonso Reyes.

El ideal del pueblo latinoamericano, busca ejemplos reales para sus utopías, y aunque no todas las veces se pueda estar de acuerdo, no por ello se le resta valor al trabajo de nuestros visionarios. Sarmiento, por ejemplo, al plantear la pugna entre la barbarie y la civilización busca que "llegemos a enderezar las vías tortuosas en la que la civilización europea vino a extraviarse, en las soledades de esta América. Reconozcamos el árbol por sus frutos: son malos, amargos a veces, escasos siempre... No detengamos a Estados Unidos en su marcha: es lo que proponen algunos, alcancemos a los Estados Unidos. Seamos la América, como el mar al océano. Seamos Estados Unidos"⁸⁰. Es evidente que aunque esta manera de pensar fue muy censurada no por ello se planteaba como menos real. En fin, muy importante es

⁷⁹ Andrés Bello. *Las repúblicas hispanoamericanas*, en *Zea, op. cit.*, v. I, p. 240

⁸⁰ Domingo F. Sarmiento. "Conflicto y armonía de las razas de América", en *Cuadernos de cultura latinoamericana*, n. 37, 1978, México, UNAM, p. 18

reparar en que nuestros visionarios no han perdido nunca la dimensión acerca de que "no deberán desaparecer las diferencias de carácter que nacen del clima, de las lenguas, de las tradiciones"⁸¹, por lo que nos queda claro que aun en las utopías existe el respeto a la pluralidad y especificidad de las naturales regiones del continente.

⁸¹ P. Henríquez Ureña. "La utopía en América", en *Zea, op. cit.*, v. I, p. 387

LA BATALLA DE LOS LÁPICES

Ahora íbamos a asistir a la creación
verbal del continente, el pez iba a
llamarse pez por boca americana.

Julio Cortázar.

La historia latinoamericana a través del ensayo busca sin cesar su imagen, no hay duda. La literatura del continente desde la época colonial, demostró con el Inca Garcilaso de la Vega y Sor Juana, González Esclava y Rafael Landívar, Erilla y Yupanqui, sin excluir por supuesto a algunos de los cronistas, que las letras no era en absoluto extrañas por estas tierras y que las grandes creaciones, si bien aún no poseían un carácter que permitiera ubicarlos como algo diferente a la rama del árbol hispánico, ya se perfilaban muchos rasgos que se pueden considerar como gérmenes de la literatura americana.

Durante los Siglos de Oro españoles, las creaciones de la Colonia se consideran aún como simples epígonos de aquellos, aunque ya en ellos se percibía cierta "extrañeza", que sin comprenderlos los críticos plenamente, pudiera ahora pensarse en ella como un sentimiento, un rasgo diferente del acento europeo, pues como señala Pedro Henríquez Ureña, "las sociedades hispanoamericanas adquirieron así, su espíritu peculiar"⁸².

⁸² _____, *Estudios mexicanos*, p. 25

Éra entonces, esa "extrañeza", el espíritu local o regional que ya desde aquellos tiempos los diferenciaba. Por ejemplo, Juan Ruiz de Alarcón frente a la sociedad de la Metrópoli siempre fue peculiar y extraña⁸³.

El barroco generado en América tuvo una cierta naturalidad que lo distinguía de lo español. Fue como decía Lezama Lima, una expresión criolla, al grado que "en todo americano siempre existe algún gongorino manso [... que] logró la hazaña americana del lenguaje [que consolida] la expresión americana"⁸⁴, al ensayar la influencia de las literaturas hispánicas en las colonias americanas.

"Ningún pueblo que sea capaz de expresar su modo auténtico de sentir, carece de literatura propia, aunque use idiomas extraños y viva sujeto a influencias políticas o ideológicas venidas de fuera"⁸⁵, asegura lúcidamente, Agustín Yáñez, respecto a la naturaleza de los pueblos americanos, no sin razón del carácter literario que desde la conquista marcó el destino de éstos.

No es nuevo, sin embargo, el pensar en algunas particularidades del Nuevo Mundo se reflejaron en las obras creadas desde el siglo XVI, no es sino hasta con Fernández de Lizardi y Bartolomé Hidalgo, en que se percibe con mayor claridad, un sentir diferente e incluso de reclamo, frente al mundo español.

⁸³ Ardao. "La idea del americanismo literario". Ver el artículo donde apoyado de Henríquez Ureña y Rodó, establece la americanidad de Alarcón. p. 9-36

⁸⁴ José Lezama Lima. *La expresión americana*, p. 348-346

⁸⁵ Agustín Yáñez. *Crónicas de la Conquista*, p.VIII

"El pensador mexicano", es quien inaugura el género novelístico en estas latitudes, donde ya se plasma, según Yáñez "un pensamiento, un sentimiento y voluntad nacionales, donde *El periquillo samiento*, se levanta en la mitad de América, como tipo nacional, su fisonomía irreductible"⁸⁶, que como asegura Fernando Alegría, cumplió con una verdadera función social, tal vez, con el pretexto de parapetarse de la censura, insertó su novela y algunas de sus obras en la tradición picaresca; en el argentino por su parte, sobresale la preocupación por el acento y el paisaje propio del gaucho que con *Martín Fierro* alcanzará su plenitud, como afirma Borges en su ensayo sobre "La poesía gauchesca", él "descubre la entonación del gaucho: eso es mucho"⁸⁷.

Con estos autores, de acuerdo con Ángel Rama, se establecen dos vertientes muy marcadas que distinguirá, no sólo a la literatura sino a la cultura latinoamericana: lo urbano y lo tradicional o folklórico⁸⁸. Más tarde, estas posturas aparecerán en *Facundo* de Domingo F. Sarmiento, bajo el lema de "civilización o barbarie".

Con Andrés Bello, la declaratoria de nuestra autonomía cultural y literaria, es sorprendente. Su silva americana, *Alocución a la poesía*, nos dice:

Divina poesía,
tú de la soledad habitadora,
a consultar tus cantos enseñada
con el silencio de la selva umbría,
tú a quien la verde gruta fue morada

⁸⁶ José Joaquín Fernández de Lizardi. *El pensador mexicano*, p. VII.

⁸⁷ Borges. *Discusiones*, p. 14.

⁸⁸ Ángel Rama. "Aportación de una comarca del tercer mundo", en Zea, *op. cit.*, v. III, p. 61

y eco de los montes compañía;
tiempo es de que dejes ya la culta Europa
que tu nativa rustiquez desama
y dirijas el vuelo a donde te abre
el mundo de Colón su grande escena⁸⁹.

La literatura responde a la realidad y en la América libre ello no fue la excepción, pues desde nuestros primeros poetas y novelistas, "nuestros libertadores, nuestros maestros en el pensamiento, nos ha legado millares de páginas colmadas de observaciones, de análisis, de consideraciones, de advertencias, que nos dejan atónitos por su actualidad, su vigencia, por lo que de aplicable tienen para el presente [...]"⁹⁰. En medio del sentimiento de emancipación espiritual que envolvió toda el siglo XIX, tanto en las ideas como en las letras, produjo con el modernismo, el primer gran paso de autonomización cultural y a partir de ese momento, no sólo ya no se importaba la tradición europea sino que se planteaba la posibilidad "del regreso de los galeones", es decir, en esos momentos los artistas ultramarinos tenían que volver su mirada hacia nuestras tierras. El movimiento literario que encabezaron Rubén Darío, Gutiérrez Nájera, Leopoldo Lugones y José Martí.

A juicio de Max Henríquez Ureña, el modernismo es la revolución literaria que tuvo su origen en la América Española durante las dos últimas décadas del siglo XIX y posteriormente, se extendió a España [... y la división temática] puede

⁸⁹ Bello. "Alocución a la poesía". Fragmentos de un poema titulado "América", en *Letras hispanoamericanas en la época de la Independencia*, p. 100

⁹⁰ Alejo Carpentier. *Tientos, diferencias y otros ensayos*, p. 83

completarse en tres fases: durante la primera el poeta se siente "desterrado en tierras americanas". Durante la segunda [...] pierde las ilusiones de europeísmo, adquiere una perspectiva continental, siente que pertenece a una nacionalidad única formada por todos nuestros países. El enemigo ya no es la tradición española sino el imperialismo norteamericano. La unidad defensiva sólo es posible mediante la lengua común. Hay que afirmar y perfeccionar este vínculo, y de la operación el castellano sale transformado por América. Finalmente el poeta modernista comprende que las diferencias son tantas como las semejanzas y que el proyecto continental no podrá lograrse a menos que parta de un estado previo de individualidad cultural de cada país⁹¹.

Con el modernismo se sientan bases, no sólo de una propuesta literaria, sino una manera de ser y pensar americano. De este movimiento emana la figura de Martí, que junto con Darío y más tarde Vallejo alcanzan la más alta manifestación de la expresión americana; según Lezama Lima, son los recolectores de la tradición cultural y literaria del continente. José Martí, puede considerarse como el "tipo ideal" del Hombre latinoamericano, donde se encuentra al erudito y al poeta, al pensador e intelectual, al revolucionario y maestro, en una palabra, al hombre.

La literatura de este siglo "es el gran inventario de la realidad latinoamericana, que abarca desde los conflictos históricos y geopolíticos hasta los procesos sociológicos, la evolución de las costumbres y los sentimientos y la búsqueda de respuestas válidas o

⁹¹ José Emilio Pacheco. *Antología del modernismo*, p. XIII y XIV.

las grandes preguntas conscientes o inconscientes de nuestros pueblos:
¿Qué somos, quiénes somos, hacia dónde vamos?⁹²

Desde que nace el siglo, Ariel es un llamado al espíritu y los pensadores y escritores latinoamericanos son los elegidos, pues como dice Cortázar, aún no llega el momento que los hombres dedicados al cultivo del pensamiento o al arte de la escritura, puedan sentarse a mirar plácidamente por la ventana el anochecer.

La literatura es la conciencia del pueblo y "nuestros poetas, nuestros escritores, fueron las más de las veces, [...] hombres obligados a la acción, la faena política y hasta la guerra, y no faltan entre ellos los conductores e iluminadores [...]"⁹³. Pedro Henríquez Ureña, observó como pocos la realidad latinoamericana y, además, con certero juicio, comprendió la función de todas las esferas que involucraban a la cultura. Fue un crítico y hombre de letras interesado por aquello que Renan denominó la profesión del hombre.

La observación anterior, nos auxilia a describir no sólo la razón por la que los literatos se involucran en los problemas sociopolíticos, sino que no pueden apartarse de la realidad.

Existen en estas latitudes, escritores que han sido presidentes, como Domingo F. Sarmiento en Argentina, Juan Bosch en Dominicana, Rómulo Gallegos en Venezuela; o quienes al menos pretendieron serlo, como Vasconcelos en México, Arturo Uslar Pietri en Venezuela, Pablo Neruda

⁹² Julio Cortázar. *Obra Crítica*. T. 3, p. 230

⁹³ P. Henríquez Ureña. *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. p. 46

en Chile o Mario Vargas Llosa en Perú, en fin , muchísimos otros, que han participado políticamente en sus respectivas naciones.

Sin embargo, hay escritores que al involucrarse en esa esfera han sido severamente criticados por la actitud asumida, por ejemplo, Darío y Montalvo por la simpatía que manifestaron por la figura de dictadores como el general Santos Zelaya o Gabriel García Moreno, asimismo, Paz o Borges han sido vituperados por sus posiciones políticas. Lo que se tiene que rescatar de todos y cada uno de estos hombres, es su preocupación por la búsqueda de nuestro ser, expresión y conciencia latinoamericana.

Las condiciones existentes en todo el continente, nos impide pensar en que la cultura pueda ser neutral, o algo indiferente ante la "terrible proliferación de los dictadores, el encumbramiento de los caudillos bárbaros"⁹⁴; así como marginación, pobreza, hambre o contextos envueltos en la violencia.

Por otra parte, con novelas como *Doña Bárbara*, *Don Segundo Sombra*, *Los de abajo* y *La vorágine*, de Gallegos, Güiraldes, Azuela y Rivera, son obras donde nuestras costumbres, situaciones sociopolíticas o el paisaje latinoamericanos son vitales. Son obras que sólo en este continente podrían haberse concebido, además de que, como afirma Uslar-Pietri, rompieron el estereotipo clásico de la novela en Europa, es imposible clasificarlas en las corrientes literarias que hasta esa fecha se habían definido.

⁹⁴ Carpentier. *Tientos, diferencias y otros ensayos*. p. 50

Si desde el siglo XIX, ya se empezaba a configurar una peculiaridad -- "originalidad" en el sentido que le otorga Ernesto Mays Vallenilla, o ese "algo" que nos distingue según Tannenbaum--, pero no es sino hasta la aparición de estas novelas, en que ese rasgo se logra cabalmente; pues con la publicación en los años veinte, es como empieza a resolverse la formulación generalizada acerca de la búsqueda de nuestra expresión, manifiestas en Mariátegui o Pedro Henríquez Ureña, así como de los estudios acerca de la real existencia de una literatura propia y con una cosmogonía particular, hechos por hombres como Ángel Rama, Roa Bastos o Guillermo de Torre, entre otros⁹⁵.

Los movimientos sociales y políticos siempre han sido materia de trabajo para los creadores, pues como señala Mariátegui, "pueden sonreír los que suponen que la literatura es una categoría independiente de la política, del espacio y del tiempo. El poder de creación es uno solo. Una época revolucionaria es creadora por excelencia"⁹⁶. Por ejemplo, la Revolución mexicana dio lugar a obras como *Los de abajo* de Mariano Azuela, *La sombra del caudillo* y *El águila y la serpiente* de Martín Luis Guzmán, dentro de la corriente denominada "novela de la Revolución", además de generaciones como la de "1915", *Los Siete Sabios*, *Los estridentistas* y *Contemporáneos*⁹⁷.

⁹⁵ Véanse los ensayos *Claves de la literatura hispanoamericana* de Guillermo de Torre; "Imagen y perspectiva de la narrativa latinoamericana actual", de Augusto Roa Bastos, y el artículo señalado en la nota 78 de Ángel Rama, donde se establecen toda una serie de posibles relaciones entre nuestra realidad y la literatura del siglo XX.

⁹⁶ Mariátegui. *Ensayos literarios*, p. 154

⁹⁷ Ver *Caudillos culturales de la Revolución mexicana*, de Enrique Krauze; *El movimiento estridentista*, de Germán List Arzubide. México: Ediciones de Horizonte, 1926; *Los Contemporáneos ayer*, de Guillermo Sheridan. México: FCE, 1985.

Después de los años treinta, la literatura en el continente tuvo su *boom*, que significó un impresionante despegue en la creación. Con el surgimiento de novelas donde la realidad americana encuentra a través del reflejo sociopolítico de la sociedad un reconocimiento universal. Carlos Fuentes advierte que en ese momento, el lenguaje de las obras latinoamericanas:

Está en proceso de descubrirse y de crearse y, en el acto mismo de su descubrimiento y creación, pone en jaque, revolucionariamente, toda una estructura económica, política y social fundada en un lenguaje verticalmente falso. Escribir sobre América Latina, para América Latina, desde América Latina, ser testigo de América Latina en la acción o en el lenguaje significa ya, significará cada vez más un hecho revolucionario. Nuestras sociedades no quieren testigos. No quieren críticos. Y cada escritor, como cada revolucionario, es de algún modo eso: un hombre que ve, escucha, imagina y dice: un hombre que niega que vivimos en el mejor de los mundos⁹⁸.

En toda América se crean obras que a través de su realidad histórica y utópica, referencian esta comarca de tal manera que no sólo sorprenden al mundo, sino que ya son el mundo. *El siglo de las luces* de Carpentier, *Cien años de soledad* de García Márquez, *Rayuela* de Cortázar, *La región más transparente* de Fuentes, *Yo el Supremo* de Roca Bastos, *El túnel de Sábato*, *El señor presidente* de Asturias, *Las lanzas coloradas* de Uslar Pietri, *Paradiso* de Lezama Lima, *Juntacadáveres* de Onetti, *El aleph* de Borges, *La Casa Verde* de Vargas Llosa, entre muchas otras, son obras latinoamericanas, universales.

⁹⁸ Carlos Fuentes. *La nueva novela hispanoamericana*, p. 94-95

Es importante señalar, antes de concluir, que la actitud que asumen desde Reyes o Borges, Cuesta o Villaurrutia y Novo, Lezama o Paz acerca de ser universales, pues nuestras raíces se hallan en la cultura clásica y verlo de otro modo nos acerca más al punto de partida que a la meta.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

ENTRE ESCILA Y CARIBDIS

El dilema de América persiste y, tal vez su estado sea muy grave, mucho ha enfermado en el continente, la situación económica, política, moral y cultural sin concluir su desarrollo, además de hallarse sumida en el espectro de la dependencia, es decir, entre Escila y Caribdis. Por un lado, las presiones de los países que tratan de explotar las debilidades propias de nuestros sistemas y, por otro, las crisis internas prevaletentes en casi la totalidad de las naciones latinoamericanas, pero sabemos que Ulises, aunque perdió algunos hombres logró pasar. Nuestra tarea es semejante a la de Ulises, tenemos que traspasar las barreras y obstáculos para lograr dilucidar el problema de nuestra tesis central: por un lado, ganar nuestra identidad sin menoscabo de dignidad y por otro, lograr la total independencia en nuestra economía y política, en una palabra, empeñar nuestros esfuerzos en la constitución de naciones soberanas.

Muchos de los avances acontecidos en América Latina y que consciente o inconscientemente hemos olvidado, son parte de los proyectos e ideales de nuestros intelectuales. Se consiguió en el siglo XIX, primero, la independencia política en casi la totalidad del territorio ocupado por naciones europeas, y después la proclama de nuestra autonomía cultural con la obra de Bello, su continuación con el movimiento modernista y plenitud, con la poesía y la novela durante el presente siglo; asimismo, se debe recordar la tradición inserta de nuestros

pensadores más fecundos y certeros, desde Bolívar hasta Zea, en la defensa tanto cultural como política respecto de las naciones que han tratado de colonizar el continente, los caudillos o dictadores que a lo largo de la historia han oprimido a sus gobernados o en la construcción de una concepción ideal de América, es indudable afirmar que todos ellos han imaginado nuestro ser y conciencia como el máximo legado cultural del que ahora somos partícipes.

Sin embargo, tenemos que reconocer que el analfabetismo, el hambre, la marginación, la corrupción de los grupos en el poder son problemas reales de los países latinoamericanos, asimismo, el derrumbe de los modelos ideológicos que produjeron un vacío muy grande, que tiene que buscar replantear nuestras posibilidades de crecer intelectualmente, redefiniendo la ideología imperante, es decir, la fusión de los pueblos sólo puede comprenderse a través de la comprensión sobre la diversidad de sus aspectos propios y diferenciado de los ajenos, es decir, nuestra unidad se ha planteado como una diversidad antes que como un nacionalismo a ultranza.

Por ello, no podemos dejar de pensar en Arciniegas, y reconocernos como un experimento entre pueblos y razas de cuatro continentes, no sin cierto éxito, que nos permite convivir sin posiciones extremas como los que actualmente se viven en Europa o Asia. Sabemos, además, que ha sido a través del ensayo como se logró dar coherencia al discurso de nuestra afirmación, como se manifestó la identidad americana en la filosofía, en la política, en la moral, en la literatura y en todo el devenir cultural e histórico de América Latina.

Somos 550 millones de latinoamericanos, en un conglomerado de razas y etnias, con un sinnúmero de problemáticas tal vez no afines, por lo que la pluralidad ideológica es uno de los caminos que nos pudieran permitir recuperar no sólo nuestra identidad, sino tal vez aquel sistema democrático tan anhelado y lejano de nuestras estructuras políticas, que pese al resquebrajamiento de las economías y a la consecuente inestabilidad política, creemos que son problemas que aún pueden salvarse todas y cada una de nuestras naciones.

Para lograr esto se requiere una definición de nuestras relaciones con Estados Unidos y Europa, de tal forma que podamos vislumbrar soluciones a nuestros problema económicos. Se tiene el potencial humano pero falta un modelo que sin dependencia y explotación nos permita ser humanos íntegros.

Cuando releemos las utopías de principios de siglo y a continuación volteo los ojos y observa cómo se avanza en sentido contrario, es inevitable dejar de proponer, o al menos, concebir a nuestras universidades como un ente creador de intelectos capaces de recoger la tradición del pensamiento americano. Las universidades son refractorias de las realidades en todos los países de estas latitudes, y por eso existe el compromiso tácito de generar alternativas que reestructuren y revaloren a nuestra sociedad. No hagamos de ellas, sólo centros de saber, planeemos un esquema de aplicación del saber, más allá de una simple profesión o especialización. Seamos los impulsores de naciones fuertes y vigorosas hoy y leguemos una posibilidad para el mañana.

Tal vez ahora las culturas europeas ya no golpean de manera mortal nuestras ideas, y las leemos y a través de nuestros escritores y ensayistas nos leen, y así como en el siglo pasado los españoles se nutrieron de Rubén Darío ahora lo hacen con Paz, Borges, Fuentes, Vargas Llosa, Onetti, Roa Bastos o Uslar Pietri.

Tal vez ahora Latinoamérica ya encarnó una realidad que va más allá de un simple no lugar, a un lugar donde inventar un modo de ver las cosas, no ahora quizás ya no sea el dorado, ya no es el edén, ahora ya es algo real con problemas y vivencias, pero donde aún persiste la esperanza de que el nuevo siglo que se avecina sirva para continuar con la mirada crítica, que por fortuna y pese a sus avatares, jamás hemos perdido.

Ahora ya no nos espantan las erudiciones europeas, pues tal vez nosotros ya los conocemos más a ellos que ellos a nosotros. Hoy se discute con Braudel, Bell, Castoriadis, Grass, Klossowski, Savater, Trevor-Roper, Bobbio, Bovero o se plantean hipótesis sobre Viena o el Círculo de Praga; se critica la posición de Wittgenstein sobre sus argumentos filosóficos o se descartan los intentos novelísticos de Kundera o Eco.

Hoy, para que estemos satisfechos se requiere que nos ofrezcan más que un nombre extranjero; se requieren calidad y originalidad en su obra.

Seguimos afirmando nuestra identidad como lo hacen ellos: como una búsqueda. El siguiente paradigma universal ya no nos excluirá. No seremos tal vez esa quinta raza, ni ese arriético ímpetu, ni ningún

Calibán. No pelearemos con Próspero, porque ya seremos simplemente hombres, que creemos en nuestra cultura en nuestro ser auténtico, imaginativo y universal que frente a los retos que nos agobian, hemos alcanzado la temporalidad al tiempo que manifestamos la propia, en armonía con la conciencia de nuestra identidad.

Finalmente, sólo resta la invitación a que se siga sobre el camino de reflexión sobre nuestra identidad, a la que tal vez aún la envuelva el fantasma de la dependencia, sobre todo en las esferas políticas y económicas, pues estamos conscientes de los fracasos del proyecto neoliberal que nos oprime a todos, como latinoamericanos y miembros de la comunidad más joven del planeta y por tanto con mayor futuro y con grandes expectativas, sobre todo por la creencia que nuestros países se hayan en plena configuración democrática debido a la presión que la sociedad civil, de la que somos parte, ejerce con una mayor participación, tanto en los aspectos sociopolíticos y económicos como en los educativos, morales y culturales.

Por ello enfatizamos nuestro compromiso para asumir una actitud crítica, y seguir expresando nuestro sentir como hombres más allá de cualquier nacionalidad y creencia.

BIBLIOGRAFÍA

Adams, Mildred. *América Latina, ¿evolución o explosión?* Versión española de Sara Galofre. México: Limusa, 1964, 429 p.

Alegría, Fernando. *Literatura y revolución*. 2 ed. México: FCE, 1976, 247 p. (Colección Popular, 100)

Alessio Robles, Vito. *Alejandro de Humboldt: su vida y su obra*. México: SEP,

Allende, Salvador. *Prócer de la liberación nacional (1908-1973)*. Biografía, antología, cronología y bibliografía de Alejandro Witker. México: UNAM, 1980, 432 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 107)

Arciniegas, Germán. *Este pueblo de América*. México: SEP, 1974, 194 p. (SepSetentas, 142)

Artigas, José. *Conductor rioplatense (1811-1820)*. Introducción, selección de documentos y notas por Roberto Fres Pons. México: UNAM, 1979, 116 p.

Bello, Andrés. *Gramática de la lengua castellana para el uso de los americanos*. v. 1. Notas de José Cuervo. Estudio y edición de Ramón Trujillo. Madrid: Arco Libros, 1988, 550 p.

Benítez, Fernando. *Los primeros mexicanos*. 11 ed. México: Era, 1988, 273 p.

Benítez, Raúl (coordinador). *Clases sociales y crisis política en América Latina*. México: Siglo XXI, 1988, 447 p.

Berger, Bennet M., et al. *Los intelectuales políticos*. Introducción y selección de Juan F. Marsal. Traducción por Josette Braverman y otros. Buenos Aires: Nueva Visión, 1971, 337 p.

Blanco, José Joaquín. *La literatura en la Nueva España*. México: Cal y Arena, 1989, 251 p.

Borges, Jorge Luis. *Discusiones*. Buenos Aires: Emecé, 1964, 181 p.

_____. *Historia universal de la infancia*. 1 ed., 24 reimpr. Buenos Aires: Emecé, 1989, 135 p.

Caroaga, Gabriel. *Intelectuales, poder y revolución*. 3 ed. México: Océano, 1982, 283 p.

Carpentier, Alejo. *Tientos, diferencias y otros ensayos*. Madrid: Plaza & Janés, 1987, 256 p.

Casas, Bartolomé de las. *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Estudio preliminar por Nelson Martínez. Barcelona: Orbis, 1986, 159 p. (Biblioteca de Historia, 69)

Caso, Antonio. *Antología filosófica*. 1 reimpr. México: UNAM, 1987, 264 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 80)

_____. *El problema en México y la Ideología nacional*. Prólogo de Leopoldo Zea. México: Libro-Mex., 1955, 98 p.

_____. *Nuevos discursos a la nación mexicana*. México: Librería Pedro Robledo, 1934, 205 p.

Castro Leal, Antonio. *Repasos y defensas*. Nota preliminar de Salvador Elizondo. Selección, nota y bibliografía de Víctor Díaz A. México: FCE, 1987, 516 p. (Letras Mexicanas)

Clavijero, Francisco Xavier. *Antología*. Estudio introductorio de Gonzalo Aguirre Beltrán. México: SEP, 1976, 196 p. (SepSetentas, 249).

_____. *Historia antigua de México*. 2 ed. Edición y prólogo de Mariano Cuevas. México: Porrúa, 1958, 4 v. (Escritores Mexicanos, 7-10).

Cockcroft, James D. *Precursores intelectuales de la Revolución mexicana (1900-1913)*. México: SEP, 1985, 261 p.

Conferencias del Ateneo de la Juventud. 2 ed. Prólogo, notas y recopilación por Juan Hernández Luna. México: UNAM, 1984, 230 p.

Cortázar, Julio. *Obra Crítica*. Madrid: Alfaguara, 1994, 3 v.

_____. *Textos políticos*. Barcelona: Plaza & Janés, 1985, 149 p. (Biblioteca Letras del Exilio)

Crónicas de la Conquista. 4 ed. Introducción, selección y notas de Agustín Yáñez. México: UNAM, 1987, 181 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 2)

Cuesta, Jorge. *Poemas y ensayos*. 1 reimpr. México: UNAM, 1978, v. III y IV, p. 255-654

Dorfman, Ariel. *Imaginación y violencia en América*. 2 ed. Barcelona: Anagrama, 1972, 245 p. (Ediciones de Bolsillo, 215)

El ensayo en nuestra América. México: UNAM, 1993, 587 p. (El Ensayo Iberoamericano, 1)

Fell, Claude. *Estudios de literatura hispanoamericana contemporánea.* Traducción de Luis Enrique Delano Díaz. México: SEP, 1976, 188 p. (SepSESENTAS, 268)

Fernández de Lizardi, José Joaquín. *El pensador mexicano.* 3 ed., 1 reimpr. Estudio preliminar, selección y notas de Agustín Yáñez. México: UNAM, 1979, 170 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 15)

Franco, Jean. *La cultura moderna en América Latina.* Traducción de Sergio Pitlor. México: Joaquín Mortiz, 1971, 371 p.

Fuentes, Carlos. *La nueva novela hispanoamericana.* 6 ed. México: Joaquín Mortiz, 1980, 97 p.

Galeano, Eduardo. *Las venas abiertas de América Latina.* 41 ed. México: Siglo XXI, 1985, 486 p.

García Cándini, Néstor, et al. *Políticas culturales en América Latina.* México: Grijalbo, 1987, 205 p.

Ginés de Sepúlveda, Juan. *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios.* 1 ed., 2 reimpr. Advertencia de Marcelino Menéndez Pelayo y Estudio de Manuel García Pelayo. México: FCE, 1987, 177 p.

González Casanova, Pablo. *La literatura perseguida en la crisis de la Colonia.* México: SEP, 1986, 151 p.

Gramsci, Antonio. *Antología.* 10 ed. Selección, traducción y notas por Manuel Sacristán. México: Siglo XXI, 1987, 517 p.

Greenleaf, Richard E. *La Inquisición en Nueva España, siglo XVI*. Traducción de Carlos Valdés. México: FCE, 1981, 225 p.

Halperin Donghi, Tulio. *Hispanoamérica después de la Independencia*. Buenos Aires: Paidós, 1972, 231 p. (Biblioteca América Latina, 17)

Henríquez Ureña, Max. *El retorno de los galeones*. 2 ed. México: Ediciones de Andrea, 1963, 227 p.

Henríquez Ureña, Pedro. *Estudios mexicanos*. México: FCE-SEP, 1984, 383 p. (Lecturas Mexicanas, 65)

_____. *Historia de la cultura en la América Hispánica*. 1 ed., 4 reimpr., México: FCE, 1994, 169 p. (Cultura Popular, 5)

_____. *Obra Crítica*. Bogotá: Oveja Negra, 1986, 214 p. (Historia de la Literatura Contemporánea, 55)

Hernández Sánchez-Barba, Mario. *Formas políticas en Iberoamérica (1945-1975)*. Barcelona: Editora Nacional-Planeta, 1975, 155 p. (Biblioteca Cultural, 10)

Historia General de México. 3 ed. México: Colegio de México, 1981, 2 v.

Hostos, Eugenio María de. *Antología general*. Prólogo, selección y notas de José Luis Martínez. México: SEP-UNAM, 1982, 281 p. (Clásicos Americanos, 16)

Humanistas del siglo XVIII. 2 ed., 1 reimpr. Introducción y selección de Gabriel Méndez Plancarte. México: UNAM, 1979, 194 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 24)

Ianni, Octavio. *Imperialismo y cultura de la violencia en América Latina*. Traducción de Claudio Colombari y José Thiago Cintra. México: Siglo XXI, 1970, 126 p.

Krauze, Enrique. *Caudillos culturales de la Revolución mexicana*. México: CONAFE-Siglo XXI, 1985, 331 p.

Letras hispanoamericanas en la época de la Independencia. Prólogo, edición y notas de Jaime Erasto Cortés. México: SEP-UNAM, 1982, 262 p. (Clásicos Americanos, 9)

Lezama Lima, José. *Ensayos y cuentos*. T. II de sus *Obras Completas*. México: Aguilar, 1977, 1280 p.

Lorenzana, Francisco Antonio. *Hernán Cortés. Historia de Nueva España*. v. I. Presentación por Andrés de Henestrosa. México: Pomúa, 1981, 32 p.

Löwy, Michael. *El marxismo en América Latina. Antología*. México: Era, 1982, 429 p.

Mariátegui, José Carlos. *Ensayos literarios*. Selección y prólogo de Mercedes Santos. La Habana: Arte y literatura, 1980, 158 p.

Marinello, Juan. *Escritos sociales*. Prólogo, selección y notas de Mirta Aguirre. México: UNAM, 1980, 205 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 108)

Martí, José. *Textos*. Prólogo y selección de Jaime Labastida. México: SEP-UNAM, 1982, 398 p. (Clásicos Americanos, 31)

Martínez, José Luis (editor). *Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia 1907-1914*. México: FCE, 1986, 535 p.

_____. *Ensayo mexicano moderno*. v. 1, 2 ed. México: FCE, 1958, 547 p.

_____. *Unidad y diversidad en la literatura latinoamericana*. 2 ed. México: Joaquín Mortiz, 1979, 134 p.

Miró Quesada, Francisco. *Despertar y proyecto del filósofo americano*. México: FCE, 1974, 209 p. (Tierra Firme)

Montaigne, Michel de. *Ensayos*. v. 1. Edición y traducción de Ma. Dolores Pícazo y Almudena Montojo. Madrid: Cátedra, 1985, 421 p. (Letras Universales, 35)

Montalvo, Juan. *Antología general*. Prólogo, selección y notas de Ignacio Osorio A. México: SEP-UNAM, 1982, 242 p. (Clásicos Americanos, 10)

Montecchia, M. P. *Reportaje a Borges*. Buenos Aires: Crisol, 1977, 123 p.

Mora, José María Luis. *Ensayos, ideas y retratos*. 2 ed. Prólogo y selección de Arturo Arnaiz. México: UNAM, 1974, 174 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 25)

O'Gorman, Edmundo. *La invención de América*. México: SEP, 1984, 193 p. (Lecturas Mexicanas, primera serie, 63)

Pacheco, José Emilio. *Antología del Modernismo (1884-1921)*. México: UNAM, 1970, 2 v. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 90 y 91)

Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*. México: FCE, 1984, 191 p. (Lecturas Mexicanas, primera serie, 27)

_____. *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. 3 ed. 1 reimpr. México: FCE, 1985, 647 p. (Lengua y Estudios Literarios)

Picón-Salas, Mariano. *De la Conquista a la Independencia*. 1 ed., 7 reimpr. México: FCE, 1980, 257 p. (Colección Popular, 65)

Ramos, Raymundo. *El ensayo político latinoamericano*. México: ICAP, 1981, 547 p.

Ramos, Samuel. *El perfil del hombre y la cultura en México*. México: SEP-UNAM, 1982, 132 p. (Lecturas Mexicanas, segunda serie, 92)

Revueltas, José. *Escritos políticos, en Obras Completas*. México: Era, 1984, v. 12, 13 y 14.

Reyes, Alfonso. *Obras Completas*. México: FCE, 1960, v. IX y XI. (Letras Mexicanas)

_____. *Universidad, político y pueblo*. México: UNAM, 1967, 189 p.

Ribeiro, Darcy. *El dilema de América Latina*. 13 ed. México: Siglo XXI, 1988, 347 p.

Rodó, José Enrique y Roberto Fernández Retamar. *Ariel y Calibán*. Prólogo y notas de Abelardo Villegas. México: SEP-UNAM, 1982, 160 p. (Clásicos Americanos, 30)

Sábato, Ernesto. *Antología*. Estudio preliminar de Nely Martínez. Barcelona: EDHASA, 1978, 163 p.

Sánchez Mejía, Ernesto. *Antología. Prosa en lengua española siglos XVIII y XIX*. México: UNAM, 1971, 192 p. (Lecturas Universitarias, 4)

Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo*. Buenos Aires: Losada, 1963, 257 p. (Biblioteca Contemporánea, 175)

Sotelo, Ignacio. *América Latina: Un ensayo de Interpretación*. Madrid: CIS, 1981. 171 p.

Stavenhagen, Rodolfo. *Problemas étnicos y campesinos*. México: INI, 1980, 195 p.

Tannenbaum, Frank. *Interpretación de Latinoamérica*. Versión al español por G. Gayá. México: Grijalbo, 1972, 129 p.

Torre, Guillermo de. *Claves de la literatura hispanoamericana*. Buenos Aires: Lozada, 1968, 171 p.

Uslar-Pietri, Arturo. *En busca del nuevo mundo*. 1 ed., 1 reimpr. México: FCE, 1981, 221 p. (Colección Popular, 93)

Vasconcelos, José. *La raza cósmica*. México: ANL, 1983, 189 p.

_____. *Ulises criollo*. México: FCE-SEP, 1983, 419 p., 2 v. (Lecturas Mexicanas, 11 y 12)

_____. *Vasconcelos y la universidad*. Presentación de Alfonso de María y Castro. Selección y Prólogo de Alvaro Matute. México: UNAM, 1983, 217 p. (Textos de Humanidades, 36)

Viñas, David. *Contrapunto político en América Latina*. México: ICAP, 1982, 460 p.

Visión de los vencidos. 12 ed. Introducción, selección y notas por Miguel León Portilla. Versión de textos náhuas por Ángel Ma. Garibay.

Ilustraciones de los códices por Alberto Beltrón. México: UNAM, 1989, 213 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 81)

Zavala, Silvio. *Filosofía de la Conquista*. 3 ed., 1 reimpr. México: FCE, 1984, 153 p. (Tierra Firme)

Zea, Leopoldo. *Del liberalismo a la revolución en la educación mexicana*. México: SEP, 1963, 210 p. (Biblioteca Pedagógica del Perfeccionamiento Profesional, 28)

_____. *Discurso desde la marginación y la barbarie*. México: FCE, 1990, 258 p. (Tierra Firme)

_____. *El positivismo y la circunstancia mexicana*. México: SEP-FCE, 1985, 179 p. (Lecturas Mexicanas, primera serie, 81)

_____ (compilador). *Fuentes de la cultura latinoamericana*. México: FCE, 1994, 3 v. (Tierra Firme)

_____. *Precursores del pensamiento latinoamericano contemporáneo*. México: SEP, 1971, 260 p. (SEPSETENTAS, 14)

_____. *Sentido de la difusión cultural latinoamericana*. México: UNAM, 1981, 90 p.

OTRAS FUENTES

Ardao, Arturo. "La idea del americanismo literario", en *Latinoamérica. Anuario de Estudios Latinoamericanos*, n. 18, 1985, México, UNAM, p. 9-36

Carr, Raymond. "La invención de América Latina", en *La Jornada Semanal*. México, diciembre 3, 1989, p. 26-36

Cerutti, Horacio. "Itinerarios de la utopía en nuestra América", en *Nuestra América*, n. 12, México, UNAM, sep-dic, 1984, p. 11-32

Dussel, Enrique. "Otra visión del descubrimiento. El camino hacia el desagravio histórico", en *Mar abierto*. México, verano de 1985, v. 1, n. 2, p. 15-19

Florescano, Enrique. "Ser criollo en Nueva España", en *Naxos*. México, julio de 1986, p. 5-7

González Casanova, Pablo. "Las ciencias sociales en América Latina", en *Revista Mexicana de Ciencias Política y Sociales*. México, julio-diciembre de 1984, año XXX, nueva época, n. 117-118, p. 9-21

Kolakowski, Lessek, et al. "El destino de los intelectuales", en *Vuelta*, México, mayo de 1987, n. 123, p. 21-23

Mariátegui, José Carlos. "Carta colectiva del Grupo de Lima", en *Nuestra América*, México, UNAM, año 1, n. 2, mayo-agosto, 1980, p. 11-14

Sarmiento, Domingo F. "Conflicto y armonía de las razas en América", en *Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, México, UNAM, 1978, n. 37, p. 3-18

Zaid, Gabriel. "Los intelectuales", en *Vuelta*. México, febrero de 1990, n. 168, p. 19-24

Zavala, Silvio. "Reflexiones sobre el descubrimiento de América", en *La Jornada Semanal*. México, enero 19, 1990, p. 19-24

Zea, Leopoldo. "Discurso de recepción del doctorado *Honoris Causa* por la Universidad Estatal de Moscú", en *Latinoamérica. Anuario de Estudios Latinoamericanos. Ibid.*, p. 303-319